12082

El Zapatero y el Rey

2a parte

Zorrilla

EL ZAPATERO Y EL REY

(SEGUNDA PARTE)

DRAMA EN CUATRO ACTOS

POR

DON JOSÉ ZORRILLA

Este drama ha sido aprobado para su representación por la Junta de censura de los Teatros del Reino en 17 de Octubre de 1849.

MADRID
ESTAB. TIPOG. DE LOS SUCESORES DE CUESTA
Calle de la Cava-alta, núm. 5
1901

Esta composición pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es propiedad de su editor, *D. Manuel Pedro Delgado,* quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algún teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por subscripción de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

ACTO PRIMERO

PERSONAS

El Rey Don Pedro.	**Juan Pascual.**
El Infante Don Enrique.	**Inés.**
El Capitán Blas Pérez.	**Juana.**

Enmascarados, cazadores y monteros

Quinta de un solo piso, de Juan Pascual, colocada de manera que el espectador vea uno de los aposentos de frente. En este aposento, y á la derecha, una alcoba cerrada con cortinas; en el fondo una puerta que da al exterior, y á la izquierda una ventana que da al campo. Este figura un valle frondoso á la falda de un montecillo; terreno montañoso. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

JUAN PASCUAL, INÉS

NÉS. ¿Vais á salir, padre?
ASCUAL Sí.
NÉS. ¿Y amenazando tormenta?
ASCUAL Tomada la tengo en cuenta,
mas no voy lejos de aquí.
Tardará mucho, á mi ver,
todavía en estallar,
y aún ha de darme lugar
para salir y volver.
NÉS. Si tenéis tal precisión

678363

no me opongo á que salgáis,
mas con mi gusto no vais.

PASCUAL No alcanzo por qué razón.
Un hombre al campo avezado
y en sus fatigas curtido,
no ha de verse detenido
por un pequeño nublado.

INÉS. No es mi recelo mayor
ese nublado.

PASCUAL ¿Qué es, pues?

INÉS. Hace dos noches ó tres
que corre cierto rumor...

PASCUAL ¡Por mi vida! ¿Y tú también
das crédito á esas consejas
de muchachos y de viejas?

INÉS. Yo, padre...

PASCUAL Basta; mantén,
Inés, la puerta cerrada;
llama al punto á tu doncella,
y en tu aposento con ella
dormid, y no temáis nada.
¿Lo oyes?

INÉS. Sí, señor.

PASCUAL Pues ve,
y advierte que esto resuelvo,
Inés, porque pronto vuelvo
y no quiero hallarte en pie.

INÉS. Seréis, padre, obedecido.

PASCUAL Así es fuerza que lo hagáis;
y aunque en el bosque sintáis
ó dentro de casa ruido,
ni os levantéis á escuchar,
ni á mirar os asoméis,
porque es fácil que lleguéis
á ensordecer y á cegar. (Vase.)

ESCENA II

INÉS. Luego JUANA.

INES. ¿Conmigo tanto desvío
mi padre, y tanto misterio?
¿Tan franco antes, y hoy tan serio?
No sé qué piense, Dios mío.
Mas obedézcole y callo.
Juana.
JUANA. Señora.
INÉS. Al momento
vámonos á mi aposento.
JUANA. ¿Tan pronto?
INÉS. En verdad que no hallo
de esto en padre la razón;
mas él, Juana, así lo quiso,
y obedecer es preciso.
JUANA. ¡Si aún las ánimas no son!
¿Y á más de eso olvidáis que hoy
es lunes, y el Capitán,
enamorado y galán,
vendrá?...
INÉS. Temiéndolo estoy,
que está mi padre en el bosque,
y si con él se tropieza...
JUANA. ¡Vaya! Con tanta tibieza
le vais á hacer que se amosque.
El viene desde Sevilla
á escape, por sólo hablaros,
y vos hacéis mil reparos
para abrir una trampilla,
por la cual, como una monja,
juráisle amor y constancia...
que él convertirá en substancia;
mas á hablaros sin lisonja,
no es empresa muy galana

correr posta entre dos luces
para pegarse de bruces
hora y media á una ventana.

INÉS. No sé qué más pueda hacer
si de mi padre á disgusto...

JUANA. ¿Y qué tiene ese hombre adusto
con nuestras cosas que ver?
Cualquiera doncella honrada
es hija del padre Adán,
y no es cosa un Capitán
para ser desperdiciada.
Cualquier noble castellano
que á una mujer se dirija,
puede darla una sortija,
puede besarla una mano.
De día encontrarla puede,
si con tiento se le avisa,
en baile, en paseo, en misa,
sin que por liviana quede.
Y á un hombre de quien se admiten
palabras de amor sinceras,
libertades tan ligeras
sin desdoro se permiten.
Vos nada le concedéis
á ese pobre Capitán,
que viene muerto de afán
tan sólo porque le deis,
á través de esa ventana,
una esperanza perdida,
que alarga á su amor la vida
hasta que vuelve mañana.

INÉS. ¡Ay, Juana! Bien sabe Dios
que amo á ese hombre cuanto puedo,
mas tengo á mi padre miedo.

JUANA. ¿Se ha de casar él por vos?
Y en fin, ¿qué puede decir?
Es un bravo militar
que por vos puede mirar

y defendiéndoos morir.
Vuestro padre...

INÉS. Calla, calla...
Con mi padre ha puesto el cielo
entre mí y el mundo un velo,
y ante ese hombre una muralla.
Muchas veces ¡ay de mí!
me ha dicho:—«Inés, si la suerte
se inclina á favorecerte,
gran precio tienes en ti;
mas si, como ahora sospecho,
mantiene igual la balanza,
Inés, tu sola esperanza
viene á ser un claustro estrecho.»—

JUANA. ¿Un claustro? ¡Vaya! Chocheces
de gente fría de seso.
Mi padre me ha dicho á mí eso
lo menos sesenta veces.
Mas oíd.
(Tocan las campanas á las ánimas.)

INÉS. ¿Tocan?

JUANA. Sin duda.
Las ánimas dando están.

INÉS. ¡Dios quiera que el Capitán
hoy á la cita no acuda!
(Baja el Capitán por las peñas y se acerca á la ventana.)

JUANA. Estar segura podéis
de que no tardará mucho. (Llama.)

INÉS. Pero, Dios mío, ¿qué escucho?
Su seña es esa.

JUANA. ¿Lo veis?

INÉS. ¡No abras, por Dios!

JUANA. ¿Y ha de estar
de la ventana por fuera?

INÉS. ¿Y si mi padre viniera?

JUANA. Más pronto le ha de encontrar
si le dais ese plantón.

INÉS. ¡Ah! Dile, pues, que se ausente.

JUANA. El consejo es excelente.
Preguntará la razón,
y el tiempo que ha de pasar
en respuestas y preguntas,
sabiéndole atar las puntas
puede mucho aprovechar.
Salid á escucharle vos,
y yo desde otra ventana
acecharé.

INÉS. ¡Tente, Juana!

JUANA. Reacia estáis, vive Dios.
¿Capitán? (Se asoma y habla al Capitán.)

CAPITÁN ¿Juana?

JUANA. Yo soy.
Andad en pláticas breve,
que volver el padre debe,
que salió.—A velaros voy.
(A Inés.) Ahora vos; y por mi vida
no os andéis en miramientos,
y aprovechad los momentos,
que yo estaré prevenida.

ESCENA III

INÉS, dentro de la ventana. EL CAPITÁN, fuera.

INÉS. ¿Capitán?

CAPITÁN ¿Inés?

INÉS. ¿Sois vos?

CAPITÁN Sí, yo soy, luz de mis ojos.

INÉS. Veros aquí me da enojos.

CAPITÁN ¿Tanto me odias?

INÉS. No, por Dios.
Capitán, yo os quiero bien,
más de lo que debo acaso;
mas me temo algún fracaso
si por desventura os ven.

CAPITÁN Espada traigo conmigo,
y en mi amor pongo tal fe,
que si que estáis cerca sé
en cualquier trance, me obligo...
INÉS. Callad, por Dios, Capitán;
si mi padre llega á veros...
CAPITÁN Fiad que no he de ofenderos
en las canas de don Juan.
Si llega á verme, mi nombre
sin empacho le diré,
que os amo con mucha fe.
INÉS. Quien quier que seáis sois hombre,
y ha de ofenderse al miraros.
CAPITÁN ¿Pues qué puede hallar en mí
para que se ofenda así?
INÉS. ¡Plegue á Dios no llegue á hallaros!
Y no más me preguntéis,
que aunque os quiero con ternura,
quereros en mí es locura.
CAPITÁN Señora, me estremecéis.
¿Tal vez prometida á otro
estáis por él?
INÉS. No, en verdad;
mas no tengo voluntad
que ofreceros.
CAPITÁN En un potro
vuestras palabras me ponen.
¿Casada estáis?
INÉS. No.
CAPITÁN ¿De haciendas,
ó de familia contiendas
á vuestro enlace se oponen?
Hablad, que en la corte tengo
con el Rey tanto favor,
que lo que os plazca mejor
puedo hacer, si le prevengo.
INÉS. No, Capitán, que es tan rara
la fortuna que me espera,

que en ella nunca quisiera
que nadie se interesara.
Secretos ¡ay! que jamás
se aclaran un sólo instante,
me vedan mirar alante,
me ciegan si miro atrás.
Mi padre no siempre ha sido
lo que ser hoy aparenta,
y yo con él por mi cuenta
graves riesgos he corrido.
Ya moza de una posada,
y ya aldeana grosera,
viví de poblados fuera,
siempre oculta y olvidada.
Una vez de este misterio
le he demandado razón,
y aún tiembla mi corazón
al recordar el imperio
con que—«En la vida, me dijo,
por tu porvenir demandes,
que tus destinos son grandes,
mas varios según colijo.
Espera, y ruégale á Dios
que lleven igual camino
tu destino y mi destino,
á quien otro lleva en pos.»
Sí, Capitán; otro día
que puesta en una ventana
veía la gente aldeana
que en bailar se divertía,
con voz siniestra, y con ojo
torvo y escudriñador,
díjome:—«Huye del amor,
que es de zarzas un manojo.
Y el que más bello imaginas
en tu amante sencillez,
sólo ha de serte tal vez
una coyunda de espinas.»

Un hombre en una ocasión
que con mi padre trataba,
notó éste que me miraba
con demasiada atención,
y aunque empeñado en su suerte
corría en su misma causa,
le dijo, haciendo una pausa:
«Amarla es ir á la muerte.»
De entonces todo su anhelo
fué á todo el mundo ocultarme,
y á nadie puedo mostrarme
sino debajo de un velo.
Esto baste, Capitán,
y sírvaos esto de aviso,
para que no andéis remiso
en cosas que á mí me van.

CAPITÁN Absorto estoy de escucharos;
mas yo satisfecho quedo
si vos me dicís que puedo
correspondido adoraros.

INÉS. Harta os he dado ocasión
para que bien lo sepáis;
mas, ¡por Dios que lo tengáis
guardado en el corazón!
No os paréis en mis desdenes,
que son hijos del temor;
yo os amo, mas de mi amor
no os deis grandes parabienes.

CAPITÁN Nada me toca saber
de lo que guardáis secreto;
amaros sólo es mi objeto
y eso no más puedo hacer.
Ni los riesgos me amedrentan,
ni las desdichas me apuran,
no; mi amor os aseguran,
y mi constancia acrecientan.

INÉS. Lo mismo hallaréis en mí...
mas cada instante que pasa

temo que se vuelva á casa
mi padre, y os halle aquí.

CAPITÁN Pártome, pues.

INÉS. Sí; idos presto.

CAPITÁN Ahí os queda mi albedrío.

INÉS. También, ¡ay de mí! va el mío
del vuestro ocupando el puesto.

CAPITÁN Adiós, mi vida.

INÉS. Id con Dios,
Capitán, y él os dé suerte.

CAPITÁN Para amarte hasta la muerte.

INÉS. Más allá os querré yo á vos.

(Al irse el Capitán, ve que se acercan por las montañas, bajando, por el camino que trajo, varios enmascarados con luces.)

CAPITÁN Mas, ¡qué veo, Dios divino!
¿Qué luces son las que avanzan
que por las peñas se alcanzan,
bajando por el camino?

INÉS. ¡Huíd, huíd! ¡Ay de mí!
No el pueblo murmura en vano.
La Virgen, si sois cristiano,
os saque con bien de aquí.

CAPITÁN ¿Qué habláis, señora?

INÉS. Esos ruidos
que oía yo en las montañas,
no eran del vulgo patrañas.

CAPITÁN ¡Cielos! ¡Son aparecidos!

JUANA. ¡Señora, pronto, cerrad! (Saliendo.)
¡Transida vengo de miedo!...
¡Cerrad, por Cristo!...

INÉS. No puedo,
que el Capitán...

JUANA. (Al Capitán, asomándose á la ventana.)
Por piedad,
salvaos, buen caballero.
Trepad, trepad á las peñas,
y buscaos por las breñas,
á viva fuerza, sendero.

INÉS. No, no huyáis; esas visiones
tienen de lince los ojos.
Aplaquemos sus enojos,
Capitán, con oraciones.
(Se hinca.)

CAPITÁN No puedo huir ni salvarme;
todo mi valor flaquea.

INÉS. Pues bien, sea lo que sea
entrad también.
(Le da la mano, y el Capitán salta por la ventana.)

JUANA. Ni un adarme
de serenidad me acude.

INÉS. Cerrad pronto esa ventana.
Mata esa bujía, Juana.
Ahora, que Dios nos ayude.

ESCENA IV

DOÑA INÉS, EL CAPITÁN y JUANA, en el cuarto. JUAN PASCUAL, EL INFANTE DON ENRIQUE, enmascarados, y seis caballeros, lo mismo, bajan por las peñas á la escena, alumbrados de linternas que llevarán cuatro de los embozados.

PASCUAL Llegar podemos sin miedo:
del pueblo la gente tosca
supone el bosque poblado
de apariciones medrosas.
Mi gente eché de mi casa,
y fuera ocupada toda
sólo hay en ella mujeres
que por dormidas no estorban.
Esconded, pues, las linternas,
por si una vieja curiosa
á saludar á las brujas
por las rendijas se asoma
y ve que en mi casa entramos.

D. ENR. Y á más, guarecerse importa

de techado, porque empiezan
á ser espesas las gotas.

UNO. Terrible nublado avanza.

D. ENR. Según lo airado que sopla
el vendaval que le impele,
su duración será corta.

PASCUAL Entrad si os place, señores,
y os cobijará esta choza.

CAPITÁN (Dentro.) Sudando estoy de pavor.
Estoy escuchando sordas
debajo de esa ventana
voces de varias personas.

JUANA. Meten la llave en la puerta.

INÉS. Mi padre es.

JUANA. A buena hora
le ocurre llegar.

INÉS. Se acercan.

CAPITÁN Estad serena, señora.
Si es que son hombres, mi espada
os protege.

JUANA. ¿Y si son sombras?

INÉS. No, huyamos.

CAPITÁN Pero guiadme
si no queréis...

INÉS. Una alcoba
tiene este aposento. En ella...
(Buscando la alcoba.)
(De miedo no la hallo ahora.)
Aquí está. Dadme la mano... (Al Capitán.)
Entrad... Por aquí nosotras. (A Juana.)

ESCENA V

EL CAPITÁN, en la alcoba. DOÑA INÉS y JUANA, en su aposento. Por la puerta del fondo JUAN PASCUAL y los enmascarados.

PASCUAL Este es mi cuarto, señores.
Yo me sirvo de esta alcoba.

Si gustáis...
D. ENR. Basta que vos...
PASCUAL Cierro esta puerta; y esotra
(La de doña Inés.)
da á un pasadizo muy largo
que en otra ala desemboca
del edificio, y en donde
una hija mía reposa,
que aunque vele, es imposible
que nada comprenda ni oiga.
D. ENR. Está bien.
PASCUAL Pues empecemos.
D. ENR. Guardar la máscara importa,
y no hay para qué nombrarse
conociendo las personas.
Este anillo que el Infante (Le muestra.)
me dió por su mano propia,
atestigua mis poderes,
y no hay quien no le conozca.
Lo que se selle con él,
él mismo lo corrobora.
PASCUAL Ea, pues; los pergaminos
y las plumas están prontas;
despachémoslo cuanto antes.
Yo creo que nadie ignora
de los que me están oyendo
que tuve una hermana hermosa,
de quien el Rey de Castilla
tomó á cuenta la deshonra.
D. ENR. Sabemos que en una noche
dispuso unas falsas bodas;
reunió un falso concilio
de prelados, á quien Roma
castigó debidamente.
La dió nombre de su esposa,
y después de profanarla
torpemente, abandonóla.
PASCUAL Así es la verdad; mi hermano,

aunque al principio en su cólera
se apartó de su amistad
y amenazó su corona,
hoy lidia por su bandera,
y reales privanzas goza.
Yo no: jamás he olvidado
aquella hazaña afrentosa
de don Pedro, y la venganza
he retardado hasta ahora
sólo por falta de un día
de ocasión segura y próspera.
Ahora bien: tengo en secreto
minada á Sevilla toda,
donde una conjuración
fermenta á estallar muy próxima.
Si don Enrique me jura
dueño hacerme sin demora
de las tierras y castillos
que por este escrito constan,
yo le daré, muerta ó viva,
de don Pedro la persona.

(Don Enrique mira el pergamino que está sobre la mesa.)

D. Enr. Aunque pedís mucho, el Príncipe
lo que pedís os otorga;
mas dadle una garantía.

Pascual Con mi misma ofensa sobra;
y en cuanto á mi buena fe,
harto por demás la abona
el hallaros tan seguros
á una distancia tan corta
de Sevilla y de don Pedro,
cuando una voz de mi boca
daros podía una muerte
tan cierta como alevosa.

D. Enr. Decís bien: vuestro interés
tiene raíces tan hondas
como el nuestro en este asunto.
Réstanos saber ahora

qué garantía exigís
de don Enrique.

PASCUAL Esa es cosa
que me procuré hace tiempo,
y que sólo puedo á solas
con el mismo don Enrique
tratarla yo.

D. ENR. Lo que oiga,
vea, prometa ó alcance
quien su real anillo logra,
haced cuenta que él la escucha,
la presencia y la sanciona.

PASCUAL Pues apartaos un poco.

D. ENR. Hablad.

PASCUAL (Con misterio.) Yo sé de la historia
del infante don Enrique
las escenas más recónditas.

D. ENR. ¡Vive Dios!

PASCUAL Oíd con calma,
que á quien vengarse ambiciona,
ni precauciones le bastan,
ni se contenta con pocas.

D. ENR. Adelante.

PASCUAL Hace diez años
que en una noche horrorosa
se dió un asalto á un castillo
frontero de la Rioja.
Vencieron los de don Pedro,
y su furia asoladora
pegó fuego al edificio.

D. ENR. ¡Recuerdo horrible!

PASCUAL Espantosa
fué aquella noche. Las llamas
entraban hasta una alcoba,
donde postrada en su lecho
con las postreras congojas,
estaba una noble dama
cuanto desdichada hermosa.

Entre sus brazos gemía
una niña encantadora (Le mira.)
parecida á don Enrique
como una gota á otra gota.

D. ENR. ¡Miserable!

PASCUAL Oíd, que acabo.
La dama era...

D. ENR. (Interrumpiéndolo.) El nombre sobra.

PASCUAL La niña por hija de ambos
hoy don Enrique la llora.

D. ENR. Murió.

PASCUAL No tal: hubo un hombre
que del incendio salvóla.

D. ENR. ¿Y vive?

PASCUAL Sí.

D. ENR. ¿Dónde, dónde?... (Con ansia.)

PASCUAL Eso en mi secreto toca,
y esa entre mí y don Enrique
es mi garantía sola.

D. ENR. Y don Enrique, por ella,
diera cetro, vida y honra.

PASCUAL Lo sé, que tuvo á su madre,
profunda, devoradora
una pasión, cuyas huellas
de su corazón no borran,
de desengaños y lágrimas
los quince años que le agobian.
Por eso lo hice: don Pedro
fué causa de mi deshonra,
y no quiero que su hermano,
cuando ciña su corona,
reniegue de su palabra,
cual renegó él de sus bodas
con mi hermana. Es precaución
que me atañe.

D. ENR. Ponzoñosa
serpiente, de cuya lengua
los vapores me sofocan,

¿quién en mitad del camino
de don Enrique te arroja?

PASCUAL La experiencia y la venganza;
si nuestro plan se malogra,
y yo en la demanda muero,
no receléis que traidora
pase el dintel de mi tumba
mi venganza. En una bolsa
de malla, asida á mi cuello,
de pergamino habrá una hoja
con la instrucción necesaria
para encontrar esa joya
que así don Enrique estima.
Si llega acaso mi hora
sin mi venganza, el guardarla
¿qué utilidad me reporta?
No faltará quien la encuentre
y en sus manos se la ponga.
Mas si doy cabo á mi empresa,
y á don Enrique victoria
consigo sobre don Pedro,
por si la fortuna loca
contra mí quiere volverse,
la conservaré; y no es otra
mi resolución postrera,
que nada tuerce, ni dobla.
La cabeza de don Pedro
por esa hija, á quien adora;
prenda por prenda, es muy justo,
que amores, señor, son obras.

D. ENR. Pues no hay remedio, está bien;
mas no olvidéis que blasona
don Enrique de severo,
y si fe en vos halla poca,
con vuestro secreto y todo,
sin más reparo os ahorca.

PASCUAL En eso estoy.

D. ENR. Pues entonces

no lo echéis de la memoria.

PASCUAL Vos decid á esos señores
que satisfechas ahora
quedan en vos cuantas dudas
nuestros pactos ocasionan.

D. ENR. Así es la verdad, señores.

PASCUAL Sellad, y dadme; las cosas (Sellan el pergamino.)
dispondré yo de manera
segura, acertada y pronta,
y aviso os daré de todo
en tres días y á estas horas.

D. ENR. Salgamos, pues, que ya es tarde.
Que os guarde Dios.

PASCUAL Él os oiga.

(Salen todos, y Juan Pascual, que se queda á la puerta viéndolos partir. El Capitán asoma entretanto por el aposento.)

ESCENA VI

EL CAPITÁN, escondido. JUAN PASCUAL, que vuelve á entrar.

CAPITÁN ¡Que esto pase, vive Dios!
Mas nunca peor se logre.
Bien haya quien á esta quinta
me he encaminado esta noche!
Un cabo tengo del hilo;
si por azar no se rompe,
yo llegaré al otro cabo,
y ¡ay de la madeja entonces!
Cordeles haré con ella
con que ellos mismos se ahoguen.

PASCUAL (Entrando.) Todo está ya concluído.
Mañana voy á la corte;
de este sayal me despojo;
empuño broquel y estoque;
dejo mi nombre del campo
por mi verdadero nombre,

y con firmeza y audacia
preparo el último golpe.
Mantente firme, cadena,
sobre cuyos eslabones
de ambas Castillas la suerte
consigo al fin que se apoye.
Mantente firme, cadena,
y si ninguno se rompe,
yo les desharé uno á uno,
¡y guay de don Pedro entonces!
Mas durmamos, que ya es hora,
y adunando precauciones
veamos si las mujeres...

(Entra con la luz por el pasadizo que da al cuarto de doña Inés, y á este tiempo baja don Pedro embozado, por los peñascos. Llueve.)

ESCENA VII

DON PEDRO, JUAN PASCUAL

D. PED. Gracias á Dios que del monte
veo el fin, y hallo un techado
en que vivos se recogen.
Veo allá abajo una casa;
entraré en ella esta noche,
aunque sean sus paredes
madriguera de ladrones,
y aunque tenga que asaltarlas
á estocadas y mandobles
con una legión de diablos.

PASCUAL (Volviendo á la escena.)
Nada; duermen como postes:
cerradas están las puertas
con llaves y picaportes.
Durmamos, pues.

(Al ir á entrar en la alcoba, llama don Pedro á la puerta con recios gelpes.)

D. PED. ¡Ha de casa!
PASCUAL ¿Quién va á estas horas?
D. PED. Un hombre.
PASCUAL ¿Qué quiere?
D. PED. Pues llamo, es claro
que quiero entrar.
PASCUAL Pues perdone
vuestra merced, y esa esquina
á su mano izquierda doble,
y en esa tercera calle
verá un mesón do le alojen.
D. PED. ¿Parécele, vive Dios,
que he andado yo todo el bosque,
con el barro á la cintura,
sin luz y echando los bofes,
para correr callejuelas
y acostarme en los mesones?
Abra esa puerta, ¡ó por Cristo
que aunque forrada esté en bronce,
tales porrazos dé en ella
que os la arranque de los gonces!
PASCUAL Brío traéis.
D. PED. Y coraje;
y abra pronto.
PASCUAL No se enoje,
que al cabo merecen algo
sus corteses expresiones.
D. PED. Corteses ó no corteses,
para lo dicho soy hombre.
(Sale Juan Pascual con la luz á abrir, y mientras entran él y don Pedro, dice el Capitán.)
CAPITÁN O sueño, por vida mía,
ó esa es su voz. ¡Cielo! ¡Adónde
sus desventuras le traen!
PASCUAL Entrad aquí.
D. PED. Buenas noches.
PASCUAL Perdone el buen caballero
si con él anduve torpe.

D. PED. Perdone él mi mal humor,
que el lance no es para flores.
Heme extraviado cazando;
rompieron los nubarrones
en agua, y no topé senda
por donde salir del monte.
PASCUAL ¿Hidalgo sois?
D. PED. Caballero.
PASCUAL ¿De qué lugar?
D. PED. De la corte.
PASCUAL ¿De la corte? ¡Que me place!
Sabremos qué nuevas corren.
D. PED. Pues no traigo yo el gaznate
para muchas relaciones.
PASCUAL ¿Tendréis hambre?
D. PED. Como un lobo.
PASCUAL Aunque en la casa de un pobre
os encontráis, no faltaron
nunca en ella provisiones.
D. PED. Sacadlas, pues.
PASCUAL Voy al punto.
D. PED. Dios se lo pague, buen hombre.
PASCUAL (Llamando.) ¡Juana! ¡Inés!
INÉS Y JUANA. ¡Señor!
PASCUAL. Traed luces.
Levantaos.
D. PED. No incomode
tanta gente para mí.
PASCUAL Mis criados labradores
son, y no duermen en casa;
Mas dejadme dar mis órdenes,
que aún hay quien os sirva en ella.

ESCENA VIII

DOÑA INÉS, JUANA, DICHOS.

PASCUAL Juana, aquel par de pichones
que hay en el armario, saca;
tú, Inés, en los interiores
aposentos otra cama
para esta noche disponme,
que aquí dormirá en la mía
este hidalgo.
JUANA. (¡San Onofre!
¿Y el Capitán?)
INÉS. (¡Cielos santos!
¡Cuánto azar en una noche!)
(Vanse doña Inés y Juana. Esta vuelve con unos platos, botella, mantel, etc., que Juan Pascual toma; la despide, y sirve á don Pedro.)

ESCENA IX

JUAN PASCUAL, DON PEDRO.

PASCUAL (De la corte dice que es.
Veamos si puedo, astuto,
sacar del hidalgo fruto.)
Trae, y vete con Inés. (A Juana.)
¡Ea! Comed, caballero;
(A don Pedro, escanciándole.)
bebed, y aliento tomad.
D. PED. Falta me hace á la verdad.
A vuestra salud. (Bebe.)
PASCUAL. Espero
que á la vuestra contribuya.
D. PED. Bueno es, á fe, este licor.
PASCUAL Cosecha mía, señor.

D. PED. ¡Buena cosecha la suya!
¿Tiene muchas viñas?
PASCUAL Tengo
lo que llaman mucho aquí,
que me alcanza para mí
y la gente que mantengo;
y no lo pasamos mal.
D. PED. ¿Qué pueblo es éste?
PASCUAL. Una aldea,
mezquina, escondida y fea.
D. PED. ¿Tiene nombre?
PASCUAL Juan Pascual.
Cuatro casucas de tierra
que yo mismo labré aquí,
y á las que mi nombre dí
cuando volví de la guerra.
D. PED. ¿Servido habéis?
PASCUAL Con honor,
aunque no con gran provecho.
D. PED. ¡Cáspita! ¡Y os habéis hecho
de todo un pueblo señor!
PASCUAL Dineros de que un buen tío
me hizo heredero á su muerte
labraron mi buena suerte,
y así he logrado algo mío.
D. PED. Mas de lo servido al rey,
¿no obtuvisteis recompensa?
PASCUAL El Rey cree que en su defensa
verter la sangre es de ley.
D. PED. ¿Mas fuisteis á verle?
PASCUAL No;
nunca le ví cara á cara.
Temí que me desairara,
y soy muy altivo yo.
D. PED. Mal le juzgáis á mi ver;
pues favor en él no cupo
si vuestro valor no supo.
PASCUAL Pues lo debiera saber.

D. PED. ¿Saber la historia debiera
él de todos sus vasallos?
PASCUAL Como él para gobernallos
buenos jueces eligiera,
alcanzara bien á todos;
mas gobierna con tal mengua...
D. PED. Tenga el villano la lengua,
y hable de él con buenos modos.
PASCUAL Aunque con ruda franqueza,
la verdad hablé no más;
y no cejo un paso atrás
si me cortan la cabeza.
Todo el reino está revuelto
desde que don Pedro manda,
y el diablo parece que anda
con él por Castilla suelto.
Que esta es la verdad, señor,
negármelo no podéis,
y cada vez, ya lo veis,
vamos de mal en peor.
D. PED. Eso dicen sus contrarios,
y le han llamado cruel,
porque le achacan á él
la culpa que tienen varios.
¡Murmuran que á sangre y fuego
tala sus propios lugares!
Mas ¿quién es en sus hogares
el que le turba el sosiego?
¿No han invadido sus tierras,
llamándose sus señores,
esos hermanos traidores
que le han movido las guerras?
¿No empezaron sus desmanes
despreciando los resguardos
que les daba, esos bastardos,
los hijos de los Guzmanes?
Y si ellos mismos atizan
el fuego de la venganza,

¿á qué invocar su templanza?
¿De qué, pues, se escandalizan?

PASCUAL Argüís en mi favor.
Pues hombre es el rey también,
oir le estuviera bien
consejos en su furor.
Y ved lo que llevo dicho:
por oir consejos malos
emprende don Pedro á palos
con quien le viene á capricho.
El pone su confianza
en ministros que le venden
y á su conveniencia encienden,
ó contienen su venganza.
Que por muy distintos fueros
y muy diversos registros,
hay justicieros ministros,
y ministros justicieros.
Y el justiciar bien ó mal
cosa es que pide gran seso.

D. PED. Mucho se os alcanza de eso
á lo que veo, Pascual.

PASCUAL No, señor, sino muy poco;
mas creo que lo que digo
se alcanza á cualquier mendigo,
y á todo el que no esté loco.
Porque el mandar, ¿quién ignora
que es como un potro llevar,
á quien hay que refrenar
y dar rienda á buena hora?
Porque si se le exaspera
conduciéndole sin tiento,
concluirá violento
por hacer él cuanto quiera.
Si el rey tuviera á su lado
un hombre como yo, creo
que quedaría á deseo
en poco tiempo su estado.

D. PED. Pues bien; la palabra os cojo.
A Sevilla os llevaré,
y que os deje el rey haré
gobernar á vuestro antojo.
PASCUAL ¿Yo ante el rey?
D. PED. Nada temáis.
Llévame siempre consigo,
y soy su mejor amigo.
PASCUAL Ruégoos, señor, que advirtáis
que campesino insensato
hablé sin saber con quién.
D. PED. (Con autoridad.) Elige, y escucha bien
las condiciones del trato.
Él su poder y grandeza
te ha de prestar en Castilla;
mas si en un flaco te pilla,
Pascual, pierdes la cabeza.
PASCUAL Eso, señor, no es justicia.
La palabra me cogéis,
y para ello no atendéis
mi rudeza y mi impericia.
D. PED. Que atrás no te volverías
dijiste.
PASCUAL Tenéis razón;
y hablé con el corazón,
aunque dije tonterías.
D. PED. Esto ha de ser; retiraos,
y si no vais, ¡vive Dios,
que el rey enviará por vos!
Conque á venir preparaos.
PASCUAL Está bien. (¿Qué es esto, cielos?
Mejor fortuna logré
de la que nunca esperé.
Venganza, tiende tus vuelos;
la ocasión es oportuna;
mucha audacia necesito;
mas, por el cielo bendito,
de audaces es la fortuna.)

ESCENA X.

DON PEDRO

¿Qué es lo que pasa por mí?
¡Dudándolo estoy, pardiez!
¿Quién creerá que mi altivez
llegó á sujetar así
un labrador, un villano,
culpando mi condición
con tan osado tesón?
Túvome Dios de su mano.
Mas tan cerca de Sevilla
y en tan oculto lugar,
mucho me da que pensar,
y á fe que me maravilla.
En tal materia tan ducho,
tiene ese hombre, ó me equivoco,
de campesino muy poco,
y de sedicioso mucho.
¡Oh, aciago sino es el mío,
y en hora fatal nací!
Todo el mundo contra mí,
¿qué me vale tanto brío?
Aragón, Navarra, Francia,
Granada, Vizcaya y Roma
empresa contra mí toma,
pero me sobra arrogancia.
Audaz y nunca indeciso
á la refriega me lanzo;
mas por do quiera que avanzo
no sé la tierra que piso.
Siempre con planes inciertos,
siempre en medio de traidores,
mis intentos los mejores
no son más que desaciertos.
¡Por Dios que me desespera

ver que cuando el bien aguardo,
uno tras otro bastardo
retoña por donde quiera!
Y el pueblo, ¡mísero de él!
ve que en mi nombre se abusa
de la justicia, y me acusa
de avariento y de cruel.
¡Ira de Dios! Si algún día
me llego frente él á ver,
su sangre me he de beber,
ó él ha de beber la mía.
No puede mi brío, no,
con imputación tan fea.
Palenque Castilla sea
do caigamos él ó yo.
Mas lejos, lejos de mí
esas memorias fatales;
de atajar tamaños males
no es propio lugar aquí. (Abre la ventana.)
Ya la tormenta se amansa,
y de nublados el viento
desemboza el firmamento:
todo al parecer descansa
de esta casa en los extremos...
mas ¿quién sabe lo que en ella
me guarda mi mala estrella?
Velemos, Pedro, velemos.
Mas siento pasos... allí...
(La puerta del pasadizo.)
Tan quedo, ¿quién puede ser?
Mas ¡qué veo! ¡Una mujer!
(Mirando por el ojo de la llave.)
Viene con tiento hacia aquí.
A favor de la bujía
que trae la veo. ¡Oh, qué bella!
¿Qué intenta? Su luz deja ella;
apagaré yo la mía. (Lo hace.)

ESCENA XI

DON PEDRO. DOÑA INÉS. EL CAPITÁN, oculto.

INÉS. (Ap.) (Todo está ya sosegado;
tranquilo mi padre duerme,
y hasta saber que se ha ido
no hay medio que me sosiegue.
No veo nada, nada oigo.
Si con él ha dado el huésped...
mas venía el buen hidalgo
muy cansado felizmente.
No oso nombrarle, ¡ay de mí!)

D. PED. (Ap.) (Aquí acercándose viene.
¿Qué buscará á tales horas?
Pero sea lo que fuere,
esta aventura aprovecho,
pues la ocasión me la ofrece.
Me adelanto.)

INÉS. (Ya él sin duda
me aguardaba, pues, ó miente
la vista, ó hacia mí misma
que llega un bulto parece,
según la confusa luz
de dentro permite verle.)
¿Capitán? (Buscándole.)

D. PED. ¿Quién va?

INÉS. ¡Sois vos!

D. PED. Yo soy.

INÉS. Pues sin miedo llegue.
No sabéis con cuánto afán
he estado este rato breve
hasta volver á buscaros.

D. PED. (¿Qué enredo del diablo es este?
¡A mí dice que me busca!)

INÉS. Y ya que así os favorece,
pues duerme quieto mi padre,

para escaparos la suerte,
dadme la mano, y seguidme.

D. PED. No será sin que la bese,
que si es del color del rostro,
es el ampo de la nieve.

INÉS. ¿Qué hacéis, Capitán?

D. PED. Tomarla
del modo que ella merece.

INÉS. Ea, abreviad de palabras,
no nos aperciba el huésped,
y se despierte mi padre.
Vamos, que es fuerza que os lleve
hasta la puerta yo misma
para que seguro os deje.

D. PED. Que venga, hermosa, tu padre,
y aunque á su lado la muerte
venga á la par, ¿qué me importa
como en tus brazos me encuentre,
y yo te tienda los míos?

INÉS. ¡Dios mío, qué acento es este!
¿Quién sois?

D. PED. ¿Qué extrañas quien soy
cuando tú á buscarme vienes,
y yo te salgo á encontrar
por instinto solamente,
pues son profetas del alma
los corazones á veces?

INÉS. (¡Muerta estoy! ¡Me he equivocado!
Sin duda dí con el huésped;
mas retiraréme de él).

D. PED. En esquivarme no pienses
sin escucharme, que ya
que amor me ha dado esta suerte,
no he de ser de los amantes
que de cobardes la pierden.

INÉS. Caballero, ese lenguaje
tanto á mi decoro ofende,
que sólo el silencio es frase

con que puedo responderle.
CAPITÁN (Aparte.) (O me engañan mis oídos,
ó que oigo á Inés me parece.)
INÉS. Ya os he dicho que no osado
quebrantéis con tan aleve
intención descomedida
del hospedaje las leyes.
D. PED. Amor es Dios, y ninguna
puede haber que le sujete.
INÉS. La ley contra la razón
caber en un Dios no puede.
CAPITÁN (¡Cielos, cierta es mi sospecha!
¿Qué hacer en trance tan fuerte?
Por otra puerta no puedo
salir, y aun cuando pudiese,
perder á Inés era fuerza,
ó con don Pedro perderme).
D. PED. Suspende, hermosa enojada,
el ceño esquivo; suspende
el justo enojo, sabiendo
que quien te habla de esta suerte
es un caballero noble
cual pocos hay que le lleguen,
que en tus amores perdido
se arriesgó á tanto por verte,
y que riquezas y honores
con su corazón te ofrece.
INÉS. El favor os agradezco;
pero reparad prudente
que la hija de Juan Pascual
nunca á lo que á sí se debe
puede faltar, ni del mundo
por todos los intereses.
D. PED. Deja el melindre y repara
que á tus pies humildemente...
INÉS. Callad, y no hagáis que á voces
llame á mi padre y mis gentes.
D. PED. Y cuando vengan, ¿qué harán

si de mi antojo el más leve
soplo, ante mí de rodillas
hacer que se postren puede?

CAPITÁN (Esto es ya mucho; yo llego,
y salga lo que saliere.)
Don Pedro, ved lo que hacéis.

D. PED. ¿Quién, vive Cristo, se atreve?...

CAPITÁN Quien huye de vuestros rayos
porque su luz no le ciegue;
mas quien os deja advertido
que os es siniestro este albergue.

D. PED. ¿Qué escucho?

INÉS. (Soltó; me libro
por esta puerta...)

D. PED. (Al Capitán.) Detente
quien seas, que por mí velas
en la obscuridad. ¿Quién eres?

CAPITÁN (Al cabo, con la ventana
tropecé dichosamente.
Callo, y me salgo por ella.) (Salta por la ventana.)

D. PED. Habla, no temas; acércate.

CAPITÁN (Mas por la montaña vienen
con luces.) ¡Gracias, fortuna!
¡Aquí, aquí!

D. PED. ¿Qué ruido es este?

CAPITÁN ¡A mí, monteros, á mí;
aquí, al Capitán Blas Pérez!

D. PED. Mis cazadores son estos
que en mi seguimiento vuelven.

ESCENA XII

DON PEDRO, JUAN PASCUAL, EL CAPITÁN

PASCUAL Caballero, ¿qué alboroto?...

D. PED. Nada, buen hombre, recele:
monteros son de mi casa.

PASCUAL ¡Válgame Dios, cuánta gente!
D. PED. Soy rico, y mantengo á muchos.
Abrid, y dejadles que entren.
PASCUAL Allá voy.
CAPITÁN (A don Pedro.) Señor...
D. PED. (Al Capitán.) Silencio,
que importa no conocerme.
CAPITÁN Viendo que no parecíais,
todo el monte diligentes
recorrimos, y un villano
nos dió el sendero que tiene
fin en frente de esta casa.
D. PED. Justo es que se recompense
á ese villano: dadle eso. (Un bolsillo.)
PASCUAL (Viendo que doña Inés y Juana han salido.)
¡Eh, á su cuarto las mujeres!
INÉS. Padre, al oir tal estruendo...
PASCUAL Curiosidad solamente.
D. PED. ¡Hola, hola! Juan Pascual,
¿hija tan bella tenéis
y callado me lo habéis?
PASCUAL Vinisteis en hora tal
que estaba ya recogida;
que aunque en mi casa es señora,
se levanta con la aurora,
y de la hacienda me cuida.
D. PED. Es muy hermosa.
PASCUAL Favor
y lisonja cortesana.
D. PED. Llevadla con vos mañana.
PASCUAL ¿Aún dais en eso, señor?
D. PED. Hoy don Pedro ha de saber
que en Castilla hay tan grande hombre
como vos; yo vuestro nombre
le diré, y os querrá ver.
Conque así, considerad,
y yo os lo quiero advertir,
que por fuerza habéis de ir

si no vais de voluntad.

PASCUAL (Con altivez.) Pues tanto empeño ponéis,
decidle al rey que, aunque rudo
labrador, como me veis,
soy tenaz y testarudo.
Y si me pone consigo
en el poder á la par,
tiene mucho que arriesgar
para habérselas conmigo.

D. PED. Pues eso os digo yo á vos:
que el rey don Pedro es tan hombre,
que no hay cosa que le asombre,
siendo él la sombra de Dios.
¿Lo oís?

PASCUAL. No lo he de olvidar.

D. PED. Adiós, y por vuestra vida
que esa hija tan recogida
no os descuidéis de llevar.
Que fuera en el Rey mal visto
daros pompa soberana,
y quedarse ella villana.

PASCUAL Conmigo irá; no resisto.

D. PED. Ahora, señores, marchemos,
(Vánse por las montañas alumbrando con los hachones á don Pedro. Cuando todos vuelven la espalda, el Capitán se encara con Juan Pascual, y le dice, tendiéndole la mano al último verso.)

CAPITÁN ¿A Sevilla iréis, Pascual?

PASCUAL Iré, Capitán; sí tal.

CAPITÁN Pues mañana nos veremos.

ESCENA XIII

JUAN PASCUAL, fuera de la casa. INÉS y JUANA, á la entrada.

PASCUAL (¿Qué querrá ese hombre decir
con ese tono de pique?
Mas será de don Enrique

y me querrá seducir
como me juzga labriego.)
(A doña Inés y Juana.)
Vosotras á vuestro cuarto,
que para vigilia hay harto
con tanto desasosiego.
(Cierran las ventanas y se retiran, dejando á Juan Pascual fuera de la casa. Los cazadores se alejan por las montañas, y cuando han desaparecido, Juan Pascual hace una seña con un silbato, y salen de entre las rocas los enmascarados de don Enrique.)

ESCENA XIV

JUAN PASCUAL, DON ENRIQUE, ENMASCARADOS

PASCUAL La suerte nos favorece
más que nunca imaginé:
mañana voy á Sevilla
segundo del Rey á ser.
D. ENR. ¿De don Pedro?
PASCUAL De don Pedro.
Conque mañana estaréis...
D. ENR. Nuestro puesto ya sabemos,
señor Juan Pascual, dónde es.
PASCUAL ¿Adónde?
D. ENR. Con don Enrique.
Ese pergamino ved.
PASCUAL (Lee.) El Rey de Francia envía á don Enrique doce mil hombres de guerra á las órdenes del famoso Capitán el caballero Bertrand Duguesclín, y le presta para su empresa ochocientos mil florines de oro. A la hora en que estas letras os lleguen, estarán rayando las fronteras de Castilla.
D. ENR. ¿Estáis, Juan Pascual?
PASCUAL Estoy.
D. ENR. ¿Como leal cumpliréis?
PASCUAL Como cumpla don Enrique.

D. ENR. El lo hará como quien es.
PASCUAL Pues muerto ó vivo en sus manos
juro á don Pedro poner.
D. ENR. Pues adelante.
PASCUAL Adelante.
D. ENR. ¿Hasta cuándo?
PASCUAL No lo sé.
D. ENR. ¿De aquel papel?...
PASCUAL Viva ó muera,
sobre mí le encontraréis.
D. ENR. Pues Dios os dé su favor.
PASCUAL Quiera protegeros él.
(Vánse don Enrique y los suyos.)
Ahora veremos, don Pedro,
quién es el que ultraja á quién.
¡Oh! Tú me esperas mañana;
por Dios que no faltaré.
(Entra en su casa y cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

PERSONAS

El Rey Don Pedro.	**Doña Inés.**
El Capitán Blas Pérez.	**Juana.**
Juan Pascual.	**Un ermitaño.**

Soldados, conjurados, pajes, damas, músicos y pueblo

Cámara real de Don Pedro, con puerta en el fondo; un balcón á la derecha, y una puerta á la izquierda con otra que se abrirá á su tiempo.

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO, EL CAPITÁN BLAS PÉREZ

D. PED. Esto es hecho, Capitán;
no queda un rincón de tierra
que no nos levante guerra,
ó nos cause algún desmán.
¿Da ese maldito francés
dineros y hombres á Enrique,
y quieren que ponga dique
yo á mi paciencia? ¡Eso es!
Yo, legítimo heredero
del reino que ansioso guardo,
debo decirle al bastardo:
«Ven, toma; tú eres primero.

Toma ese cetro real,
envíame á un calabozo,
que yo expiraré de gozo
esperando tu puñal.»
No: todo empeño es en vano.
El me apellida el cruel,
y no ha de escudarle á él
el título de mi hermano.
Con amigo ni enemigo
no hay medio de que me explique,
sin que me nombren á Enrique
á la par siempre conmigo.
Por donde quiera que vaya
no oigo hablar más que de ese hombre.
Ya me fatiga su nombre,
y no sé tenerme á raya.
En fin, Capitán, veamos
lo que dicen esas cartas.

CAPITÁN Noticias de ese hombre hay hartas.

D. PED. La vida necesitamos
para él ¡voto á Belcebú!

CAPITÁN Pues aunque sienta enojaros,
otra tengo yo que daros
de ese mismo.

D. PED. ¡También tú!

CAPITÁN La vida en ello nos va,
y á ser tan sólo la mía,
la callara, y moriría
sin enojaros.

D. PED. Está
bien. Dila que no me enojo.

CAPITÁN Ese labrador taimado
que en su casa os ha hospedado...

D. PED. ¿Vas á culparme el antojo
de hacerle gobernador
para ver cómo se explica?

CAPITÁN Es que á más altura pica
ese labriego, señor.

D. PED. Es un pillo, ya lo sé.
¿Piensas que yo lo ignoraba?
CAPITÁN Es que de ofrecer acaba
vuestra cabeza, y...
D. PED. (Con calma.) ¿Y qué?
CAPITÁN ¿Y qué? No sé cómo arguya,
señor, si os va en un mal paso...
D. PED. ¿La cabeza? Y dime: ¿acaso
vendrá ese hombre sin la suya?
CAPITÁN No; mas repare su alteza...
D. PED. Vaya, Blas, no es grande azar;
ya sé que se va á jugar
cabeza contra cabeza.
CAPITÁN Pues, señor, ya que es preciso,
sabed que yo ví y oí
anoche...
(Entrase un ermitaño en el salón, y don Pedro, al verle, se levanta, dirigiéndose á él con saña.)
D. PED. ¿Quién se entra aquí,
¡vive Dios! sin mi permiso?
¿A qué te llegas, traidor,
hasta el cuarto de tu rey?
ERMIT. Vengo á intimarle una ley
de su natural señor.
D. PED. ¿Yo siervo? ¡El rey de Castilla!
ERMIT. Sí, siervo del absoluto
Señor, que hizo en un minuto
del orbe la maravilla.
D. PED. (Moderándose y descubriéndose.)
¿Ministro sois del altar?
Perdonad; no os conocí.
Hablad. ¿Qué queréis de mí?
ERMIT. A solas hemos de estar.
D. PED. (Al Capitán.) Sal, y espera.

ESCENA II

DON PEDRO, EL ERMITAÑO

D. PED. (Al Ermitaño.) Decid, pues.
ERMIT. Yo soy un monje ermitaño,
que á todo comercio extraño
con el mundo en que te ves,
paso mi pobre existencia
á orillas de un precipicio,
ceñido con un cilicio,
en áspera penitencia.
A Santo Domingo ayer,
á quien tengo por patrón,
con sincera devoción
oración me puse á hacer;
y en ella, con grande espanto,
cercado de resplandores
vivos y deslumbradores,
aparecióseme el santo.
D. PED. (De fe, por demás sencilla,
que son patrañas colijo.)
ERMIT. Escucha, el santo me dijo:
«Ve, y dile al rey de Castilla
que el alma se purifique
del mal que en la tierra ha hecho,
porque va á romperle el pecho
el puñal de don Enrique.»
D. PED. (Furioso.) ¡Traidor! ¿Con esas me vienes?
¡Enrique me ha de matar!
No han de poderte librar
ni las órdenes que tienes.—
¡Hola, Capitán! Aquí.
Veremos si se abre el cielo
para salvarte.
ERMIT. A él apelo,
pues sus órdenes cumplí.

D. PED. ¡Ea! Sin más dilaciones
quitádmele de delante,
y degolladle al instante
debajo de mis balcones.
CAPITÁN Señor, con muerte tan fea...
D. PED. Es un perro de mi hermano.
Sí, que muera ese villano
donde mi pueblo le vea.
CAPITÁN Señor...
D. PED. Nadie me replique.
No, no hay perdón para ese hombre.
(Lo llevan.)

ESCENA III

DON PEDRO

¿Conque es eco de mi nombre
el nombre de don Enrique?
¡En todas partes su sombra
conmigo á mi lado va;
en todas partes está
y en todas partes me asombra!
¿Conque ese hombre es mi destino,
y en la corte y en la plaza,
y en el templo y en la caza
le he de hallar en mi camino?
¡Oh, que venga de una vez,
que venga, y entre mis brazos
verá cómo hago pedazos!...
¡Pero es cobarde, pardiez!
No vendrá, no. De emboscadas
me cercará y de traición,
que no tiene él corazón
para vencerme á estocadas.

ESCENA IV

DON PEDRO, JUAN PASCUAL, DOÑA INÉS, EL CAPITÁN

D. PED. ¿Qué es?
CAPITÁN Ahí está el labrador
montañés.
D. PED. Llega en buen hora.
Que entre, y veremos ahora
si es un hombre de valor.
CAPITÁN Entrad, que el Rey os espera.
PASCUAL Dadnos, gran señor, los pies...
Mas ¡cielos!... ¿Este el Rey es?
D. PED. El Rey vuestro huésped era.
PASCUAL (¡Y tuve ¡necio! en mi casa
anoche á don Pedro yo!)
D. PED. (Mucho al verme se turbó.)
PASCUAL (¡Yo no sé lo que me pasa!)
D. PED. Acérquese, Juan Pascual,
y de respetos se exima,
que el Rey tiene en mucha estima
á un hombre de ciencia tal.
PASCUAL Señor...
D. PED. Desde este momento
en Castilla mandaréis;
silla á mi mesa tendréis,
y en mi palacio aposento.
Que hacía falta habéis dicho
un hombre cual vos al Rey.
La vara os doy de la ley:
mandad á vuestro capricho.
Nadie os ha de ir á la mano;
tendréis el anillo real;
mas sed justo, Juan Pascual,
con el noble y el villano. (A sus guardias.)
Pregónese este mandato,
y que se cumpla al momento.

¿Estáis, Juan Pascual, contento?
No os quejaréis de mi trato.
Andad, y el cielo os alumbre;
id á que Sevilla os vea,
y en vuestra justicia crea
la asustada muchedumbre.
Pero que os sirva de base
para el cargo que emprendéis,
que vos me responderéis
de cuanto en mi Reino pase.
Desde la corte, os lo aviso,
hasta la aldea más tosca,
no ha de moverse una mosca
sin que la otorguéis permiso.
Capitán, su secretario
seréis vos, que en su ejercicio
puede parecer novicio,
y le seréis necesario.
(¿Estás? Su sombra has de ser,
y por si tuerce de intento,
apodérate al momento...)

CAPITÁN (¿De quién?)

D. PED. (De aquella mujer.) (Doña Inés.)

ESCENA V

JUAN PASCUAL, DOÑA INÉS, EL CAPITÁN

PASCUAL ¡Ah! no saber que el Rey era,
¡mentecato!

INÉS. ¡Ay, padre mío!
con un Rey de tanto brío
mala fortuna os espera.

PASCUAL ¿Y qué remedio me queda?
Ya cara á cara los dos,
con el auxilio de Dios
haremos lo que se pueda.

INÉS. ¡Ay de mí! Mucho me temo
que nos recibe muy mal.
CAPITÁN No os aturda, Juan Pascual,
ver en el Rey ese extremo.
Tras esa faz torva y fiera,
y esa voz que al pecho arranca,
esconde un ánima franca
con un corazón de cera.
Arrogante, pero llano,
asusta cuando reprende;
mas si percibe que ofende
da al ofendido la mano.
Yo puedo ser vuestro guía,
y veréis...
PASCUAL No veré nada,
Capitán, que esta jornada
no es vuestra, ¿oís? sino mía.
CAPITÁN Mas soy vuestro secretario...
PASCUAL Pues yo no sé ni una letra,
y en mí la razón penetra
sin fórmulas de notario.
Haré lo que se me antoje
sin ver si os va ó no en talante...
Con que de aquí en adelante
ni me tire ni me afloje.
(Toma el brazo á doña Inés, y va á salir con ella. El Capitán la detiene por el otro.)
CAPITÁN Perdonad; esta señora
tiena damas y aposento
preparadas al intento.
PASCUAL ¿No es mi hija?
CAPITÁN Por ahora
está del Rey al amparo.
PASCUAL Amparada está conmigo.
CAPITÁN El Rey manda lo que os digo.
PASCUAL (Soltándola.) Si él lo manda...
CAPITÁN (Tomándola.) Pues es claro.
¡Hola! Esas damas llamad,

que á su señora acompañen,
y esos cautivos que tañen
instrumentos avisad.
(Salen las damas y los cautivos, que vuelven á entrar con doña Inés.)
El Rey mandó rodearos (A doña Inés.)
de ostentación y placeres,
que es galán con las mujeres.
(Mirad que tengo que hablaros.)

INES. (Velad, Capitán, por mí,
que sólo en vos me confío.)

CAPITÁN (Seguráis estáis, amor mío,
mientras yo respire aquí.)
(Vánse doña Inés, damas y cautivos.)

ESCENA VI

JUAN PASCUAL y EL CAPITÁN; éste queda acechando á Juan Pascual, quien se manifiesta indeciso y pensativo.

PASCUAL ¡No sé qué imagine de esto!
Mas no cedo, vive Dios.
Veremos quién de los dos
es al otro más funesto.
¡Hola! (A un criado.)

CRIADO. ¿Llamáis?

PASCUAL Unos hombres
que en la antesalan quedaron,
que entren aquí.
(Entran y les dice.)
¿Contestaron?

UNO. Todos pusieron sus nombres
en vuestra carta, y esperan.

PASCUAL Pues de destreza es asunto.
Que todo el mundo esté á punto,
y al mediodía que hieran.

OTRO. Ya al son de vuestra venida
reunida está en la plaza

multitud que la embaraza,
para todo apercibida.

PASCUAL Pues pronto; corred, volad,
porque todo lo perdemos
si en rebelión no ponemos
al momento la ciudad.

OTRO HOMBRE. Ahí hay un hombre que en tanto
junto á un cadalso se halla.

PASCUAL Corred entre la canalla
la voz de que ese es un santo.
¡Oh! Dios con ese buen hombre
sin pensarlo nos ayuda.
Dejad que la gente acuda
y servíos de su nombre.
Así estallará más presto.
(Les manda salir, y quedan él y el Capitán.)

CAPITÁN ¿Qué gente es esa?

PASCUAL Alguaciles.
Algunas órdenes diles
para que ocupen su puesto.
Yo voy á ocupar el mío,
Capitán. ¡Adios quedad!

CAPITÁN Mirad bien por la ciudad.

PASCUAL Podéis fiar en mi brío.

ESCENA VII

EL CAPITÁN. Luego JUANA

CAPITÁN Viéndolo estoy y lo dudo.
Al cabo de tanto azar,
para colmo de desdichas
Inés en Palacio está.
Y aunque por fortuna suya
nombróme el Rey su guardián,
es claro que él querrá verla
y de ella se prenderá.

Sabe que fué quien anoche
entró en su cuarto á buscar
un hombre á quien no conoce;
mas que amenazóle audaz
y le advirtió de un peligro,
y querrá saber de cuál.
¡Ah! Tiemblo por vida mía.

JUANA. ¡Calla! ¿Sois vos, Capitán?

CAPITÁN ¡Juana! ¿Qué es esto? ¿También?...

JUANA. También estoy por acá.
(Asoma don Pedro por el fondo.)
Los guardias de esa antesala
no me dejaron pasar
con mis amos, hasta que ahora
á una orden de Juan Pascual...

CAPITÁN Dios te ha conducido aquí
mi angustia para calmar.
Dí á Inés que tiene en su cuarto
una ventana que da
á un jardín, y que por ella
la tengo al punto que hablar
de cosas que mucho importan
á nuestra seguridad.
Ve, no tardes.

JUANA. Voy al punto.

CAPITÁN Vuela.

JUANA. Bien; voy á volar.

ESCENA VIII

DON PEDRO, EL CAPITÁN

CAPITÁN Corro al jardín al instante...
Mas ¡Dios mío!

D. PED. ¿Dónde vas?

CAPITÁN Iba, señor...

D. PED. Sin mentir.

CAPITÁN Señor, os iba á buscar.
D. PED. ¿Has olvidado, Blas Pérez,
que yo no duermo jamás,
que todo lo oigo y lo veo,
y que espío con afán
á los mismos á quien mando
á los otros espiar?
¿No sabes que la traición
tan diestro me tiene ya,
que hasta en la sombra que pinto
encuentro que sospechar?
Dime, pues; ¿á esa mujer
de qué la conoces, Blas?
CAPITÁN ¿Esa doncella?
D. PED. Por su ama
pregunto.
CAPITÁN Señor, piedad.—
Alcanzaron mis ojos su hermosura
del monte entre los árboles un día,
y llevóme á sus plantas mi locura.
D. PED. ¿Tú la amas?
CAPITÁN Sí, con ciega idolatría.
La amo, señor; mi pensamiento loco
indeleble su imagen me retrata,
y la vida sin ella tengo en poco.
D. PED. ¿Conque ella á tu pasión no ha sido ingrata?
CAPITÁN Siento orgullo al decirlo todavía.
Era un secreto que en mi pecho estaba,
mas hoy del corazón salir debía,
y para revelároslo os buscaba.
Yo anoche, mientras vos en la aspereza
del monte andabais, de mi fe impelido,
á su padre escuché vuestra cabeza
prometer, en su cámara escondido.
D. PED. ¿Luego eres tú, gusano miserable,
por quien ella venía á mi aposento,
y quien con un aviso inexplicable
quiso esconderme su amoroso intento?

¡Tú fuiste, ya lo sé, quien fementido
tal artificio imaginando diestro,
de mi voz replicaste requerido
que era aquel sitio para mí siniestro!
¡Creiste que tu amor, su honor acaso,
de tu rey el aliento profanara,
y audaz pensaste que tan necio paso
con tu señor un punto te igualara!
La erraste, Capitán. Por un exceso
vives de mi bondad; tu vida entera
no es más que un vaso, que aunque dura ileso,
polvo al impulso de mi aliento fuera.
Yo te dejé que con osada mano
vengaras á tu padre impunemente,
pero no por tus méritos, villano,
porque á mí me vengabas igualmente.
¡Tú la amabas! ¿Y qué? Si al fin oiste
que yo la hablé de amor, oiste el fallo
con que el tuyo rompí. ¿No lo entendiste?
¿Quién era allí el señor? ¿Quién el vasallo?

CAPITÁN Mas ¿qué debí de hacer? ¿Cuál fué mi yerro?

D. PED. Ver, oir y callar; partir sin ruido
lejos del rey, pues no eres más que un perro
para echarte á mis plantas mantenido.
Donde los ojos del señor se posan,
en el oído en que su voz resuena,
si ojos y oídos de vasallos osan,
de cegar y no oir tienen la pena.

CAPITÁN Cegádmelos, señor, si os ofendieron;
paguen, si os place así, tanta osadía;
mas ved que sin querer vieron y oyeron...
lo que ha olvidado la memoria mía.

D. PED. Pues que lo olvide bien, y en tiempo alguno
pase por ella la escondida idea.

CAPITÁN No temáis, no, que vuelva inoportuno
ese recuerdo, aunque mi muerte sea.
A mi padre vengar me prometisteis;
miraros me dejasteis cara á cara;

nombre y hacienda y opinión me disteis,
y en una eternidad no lo olvidara.
Sí, nacido en el polvo, destinado
á obedecer tan sólo, soy un perro
que al lecho siempre de su dueño atado
lame servil de su cadena el hierro.
Un perro, sí; mas con leal empeño
muchos y largos años he vivido
velando en las campañas vuestro sueño,
pronto siempre á morir agradecido.
Mas hablad. ¿Qué queréis? De vuestro antojo
soy el eco no más; no hay más pasiones
en mi pecho que vos; vos sois mi arrojo,
mi existencia, mi fe, mis opiniones.
No hay nada para mí que vos primero,
ni ley, ni amor: para serviros vivo.
«Da, hiere»—me decís;—y doy y hiero,
y el pan aprecio que de vos recibo.
Yo la amo, la idolatro, es mi esperanza;
pero dócil, señor, á vuestro yugo,
decidme: «caiga en ella mi venganza»,
y yo mismo me torno su verdugo.
(Pausa.)

D. PED. Su protector serás; yo te la entrego.

CAPITÁN Señor, á vuestros pies...

D. PED. Alza, vasallo.
Si á mi capricho con tu vida juego,
no oso á la fe que en tus creencias hallo.
Yo te la entrego pues; sé tú su egida,
y si en esta inquietud con que batallo
pierde su padre, por traidor, la vida,
echa tú sobre mí tan duro fallo.
Sé inocente á sus ojos, y que nunca
un enemigo en tí vea ominoso
de nuestra suerte si la flor se trunca,
que no has de aventajarme en generoso.

CAPITÁN ¿Conque?...

D. PED. Ya basta; como quieras obra:

de su padre es el freno, y tú la tienes;
si Enrique vence al fin, todo me sobra,
sírvate con su padre de rehenes.

ESCENA IX

EL CAPITÁN. Luego JUAN PASCUAL

CAPITÁN Id descuidado, señor,
que si es verdad que la quiero,
siempre en mí será primero
la gratitud que el amor.
Sal, pues, sal del pecho mío,
necio amor sin esperanza;
sal, y tórnate venganza
al brotar del corazón.
La vida vas á costarme,
mas ¿qué vale mi existencia?
Sal, el deber te sentencia,
te asesina la razón.
Sí; si la traición esconde
Juan Pascual en su rudeza,
yo le diré: «su cabeza
de tu traición me responde.»
¡Hola! ¿Sois vos?
PASCUAL Yo soy, sí.
¿Qué teméis de mí?
CAPITÁN ¿Yo? Nada.
PASCUAL Ya os dije que esta jornada
era sólo para mí.
CAPITÁN Paréceme que el poder
mucho os hincha, Juan Pascual.
PASCUAL No debe de irme tan mal,
pues que me hago obedecer.
Y no recaerá en mancilla
del Rey que el poder me da,
pues aplaudiéndolo está
todo el pueblo de Sevilla.

CAPITÁN (Asomándose.) Con efecto, hay en la plaza
mucha gente.
PASCUAL (Con intención.) Y mucha más
que vendrá.
CAPITÁN Por Barrabás,
que algún tumulto amenaza.
Asistente de Sevilla,
lo que el Rey os encargó...
PASCUAL No fué que enmendara yo
lo que hizo el Rey de Castilla.
Mirad bien.
CAPITÁN Llevan á un hombre
como traidor al cadalso.
PASCUAL Y el pueblo dice que es falso;
que es un santo.
CAPITÁN Y ese nombre
que alucinado le aplica,
¿que ha de libertarle entiende?
PASCUAL Yo no sé si lo pretende;
mas sé que le santifica.
CAPITÁN Y en fin...
PASCUAL En fin, eso el Rey
ordenó que se cumpliera
antes que el poder me diera;
conque ahí no alcanza mi ley.
CAPITÁN ¡Pero si él cuentas os pide!...
PASCUAL Que las pida, no me arredro;
entonces verá don Pedro
con quién es con quien se mide.
El depositó en mi mano
todo el poder de la suya,
y no habrá ya quien destruya
este poder soberano.
¿Lo oís?
CAPITÁN ¡Cómo! ¿Osáis poneros
de vuestro Rey al igual?
Tened cuenta, Juan Pascual...
PASCUAL Vosotros sois quien teneros

debéis delante de mí.
CAPITÁN ¿Creéis que esa investidura?...
PASCUAL Me dará la dictadura.
CAPITÁN ¡Traidor!
PASCUAL ¡Basta!
CAPITÁN Basta, sí.
Porque él se vengue primero
mi furia es fuerza que tenga.
Don Pedro vendrá, y...
PASCUAL Que venga,
Capitán, aquí le espero.

ESCENA X

JUAN PASCUAL. Luego DON PEDRO. Oyense murmullos en la plaza que van creciendo por momentos, hasta parar en gritos descompasados, mueras, etc. Se asoma al balcón.

PASCUAL Venga, sí; tan improviso
el golpe habrá de sentir,
que no ha de poderle huir...
mas todo ello fué preciso.
(Mirando por el balcón.)
¡Hola! La guardia resiste;
el clérigo les exhorta;
pero la guardia es muy corta
y la multitud embiste.
VOCES. ¡Perdón, perdón!
OTRAS. ¡Muera, muera!
D. PED. ¿A qué viene este tumulto?
PASCUAL Será, por cualquier insulto,
un alboroto cualquiera.
D. PED. No, no; mis guardias se lanzan
contra la audaz muchedumbre.
PASCUAL Eso será la costumbre;
pero mis gentes avanzan,
y ellas lo arreglarán; descuidad eso.
(Toca la campana á rebato.)

D. PED. ¿Mas que campana es esa? ¿Es á rebato?
¡Me vendías, traidor! (Va á salir.)
PASCUAL Tente, insensato.
Estás en mi poder, te tengo preso.
D. PED. ¡Preso yo, vive Dios! ¿Con qué cadenas
mis manos atarás, si á un soplo mío
tú mismo resistir podrás apenas?
PASCUAL Tened, don Pedro, vuestro inútil brío;
tened, y no salgáis, porque es en vano.
Yo gané vuestras guardias con dinero,
y al populacho amotiné villano;
no hay en vuestro favor un solo acero.
Yo más que vos, maquinador y astuto,
por la mano os gané; más atrevido
logré primero de mi audacia el fruto...
Soberano león, ya estás rendido.
D. PED. (Con fiereza.)
¡Rendido! El orbe todo se arruinara
sobre mí, Juan Pascual, y con fiereza
le viera yo caer, y le esperara
sin inclinar siquiera la cabeza.
PASCUAL Y yo que sobre vos lo he amontonado
para echároslo encima de repente,
lo veré desplomarse arrebatado
y estrellarse al caer en vuestra frente.
¿No alcanzáis la razón de lo que os digo?
Lo sé, mas escuchad. No soy tan sólo,
cual otros mil, común un enemigo
que en pro de otro partido hoy os inmolo.
No. Soy un hombre, cuyo honor hollasteis
tejiendo la mentira más villana,
cuyos limpios blasones empañasteis
atropellando la honra de una hermana.
Yo estaba en tanto en Portugal; mas vine
de venganza con sed devoradora,
y á lograrla con calma me previne,
con estudiado afán; y esta es mi hora.
Sí, contempladme bien. No como un día

reptil oculto á vuestros pies me arrastro,
que hoy os vengo á decir con osadía:
Yo soy, don Pedro, don Guillén de Castro.

D. PED. ¡Tú un Castro!

PASCUAL. Vengador de doña Juana,
que llora en un oculto monasterio
su desesperación. Ella es mi hermana,
y este es de Juan Pascual todo el misterio.
¿Qué más queréis, don Pedro, que os explique?
¿Por qué con tal estrépito me vengo?
Pues sabed que he jurado á don Enrique
vuestra cabeza dar, y os lo prevengo.

D. PED. Pues bien; ven á arrancarla de mis hombros,
y aprenderás más fáciles promesas
á hacer si has de cumplirlas; nunca asombros
me dieron más difíciles empresas.

PASCUAL ¡Oh! Ya con vos vuestro poder no lidia,
y es ceder ó morir vuestro destino.

D. PED. (Con ironía.)
Del tuyo siento, buen Guillén, envidia,
y quiero que hacia allá me abras camino.

PASCUAL Don Pedro, os engañáis; me habéis herido
de vuestra ley y fuero con la espada,
y á vuestra misma ley he acudido.
Escuchad á la plebe amotinada. (Gritos.)
¿La oís? Clama por vos: viene á buscaros.
Ya os he dicho, señor, que estabais preso,
y que al bastardo prometí entregaros.

D. PED. Mucho te ha de costar ¡vive Dios! eso.
(Con sarcasmo.)
Tú has prometido á Enrique mi cabeza,
y le llamas, tal vez, á que la tome;
pues bien, la tuya encontrará su alteza;
yo se la arrojaré cuando se asome.
(Cierra las puertas y ase de una espada.)
Ahora, á tu vez, defiéndete, villano:
usa de tu valor y de tu acero,
porque vas á aprender de un rey tirano

lo que hay de un asesino á un caballero.
Ven; ya no lidia mi poder conmigo;
aquí mi majestad ya no me escuda;
solo Dios es aquí nuestro testigo.
Ruégale, Castro, que te dé su ayuda.

ESCENA XI

DICHOS. CONJURADOS que suben por el balcón.

VOCES. ¡Muera don Pedro?
VOCES. ¡Muera!
UN CONJ. (Que sube por el balcón.) ¡Aquí, valientes!
Aquí está el rey, subid.
OTROS. (Que suben tras él, y van contra don Pedro.)
¡Muera el tirano!
D. PED. Venid á mí, rebeldes insolentes,
y probaréis el peso de mi mano.
PASCUAL ¡Ea! Acabad con él.

ESCENA XII

Don Pedro se defiende de todos los que le acometen, cejando contra la pared; y en el punto en que va á sucumbir al número, se abre á sus espaldas una puerta, en la cual aparece el CAPITÁN, que muestra á DOÑA INÉS desmayada en sus brazos, y cuyo pecho amenaza con la daga desnuda. Todos retroceden.

CAPITÁN ¡Atrás, canalla!
Da un solo paso más, y la asesino. (A Pascual.)
PASCUAL. Teneos, Capitán.—Atrás vosotros. (A los suyos.)
CAPITÁN (A don Pedro.) Una barca, señor, puesta se halla
en la torre del Oro; este camino
seguro allá desde el palacio os lleva.
Huíd.
D. PED. Traidores, volveré algún día,
¡y ay del que entonces á parecer se atreva!
CAPITÁN (A don Pedro.)
Huíd. Ahora, Juan Pascual, escucha.

Cabeza por cabeza, esta es la mía;
(Señalando á doña Inés.)
la contienda es ya igual, franca la lucha.

PASCUAL Por piedad, Capitán, por cuanto caro
en el mundo tenéis, el impío acero
de su pecho apartad: yo os doy amparo,
riquezas, libertad.

CAPITÁN (Con firmeza.) No: sólo quiero
que entiendas bien mi condición postrera:
escúchamela bien, hiena taimada.
La suerte de don Pedro á tu hija espera,
y á su suerte desde hoy encadenada,
ella responderá de su destino
siendo, como él, dichosa ó desdichada.
Ahora sigue si puedes mi camino,
y mira de quién es esta jornada.
(Cierra la puerta secreta. Juan Pascual se arroja á ella desesperado, y cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

PERSONAS

Don Pedro.
El Capitán Blas Pérez.
Juan Pascual.
El Astrólogo Ben-Hagatín.
Men Rodríguez de Sanabria.
El Alcaide del Castillo de Montiel.

Guardias y soldados de Don Pedro

El teatro representa el terrado de la torre del Castillo de Montiel, el cual se figura flanqueado de cuatro torreones. En el fondo, por encima de las almenas, se alcanzarán á lo lejos las hogueras y los pendones que coronan las tiendas de Don Enrique. A la derecha y en el fondo una puertecilla que conduce al torreón, y otra á la izquierda, al lado de la cual, por una ventana con reja, se verá un interior del torreón, donde estará el Astrólogo Ben-Hagatín; un pilar de piedra en que está clavado en medio de la escena el pendón del Rey Don Pedro. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

EL REY DON PEDRO sobre un torreón mirando al campo de Don Enrique. DOÑA INÉS lo mismo por las almenas. EL CAPITÁN dando sus órdenes al ALCAIDE, que estará hablando con él. EL ASTRÓLOGO en su torre consultando á la luz de una lámpara sus instrumentos cabalísticos, de los que se sirve para hacer el horóscopo de Don Pedro.

CAPITÁN Que esté ese paso secreto
guardado por buena gente,
y que entre él solo.
ALCAIDE Corriente.
CAPITÁN Ya conocéis el sujeto.
ALCAIDE Ya le conozco.

CAPITÁN En los nichos
que hay en aquel subterráneo
puede ser triunfo instantáneo
con los hombres de armas dichos.
En estando ese hombre dentro,
que se lance vuestra gente
allá abajo de repente
de los suyos al encuentro.
Todos prisioneros; y
en tanto, por esa puerta
que estén tres ó cuatro alerta
cuando esté él conmigo aquí.
¿Lo oís? Que él entre no más.
ALCAIDE Está bien. (Vase.)
CAPITÁN (A doña Inés.) Y vos, señora,
retiraos, que ya es hora.
INÉS. (Con tristeza.) No imaginé yo jamás,
Capitán, eso de vos.
CAPITÁN ¡Ah! lloráis... Por caridad,
el llanto de mí ocultad;
no me hagáis dudar de Dios.
INÉS. No le invoquéis, ¡fementido!
que á enojo le provocáis
cuando á sus plantas alzáis
corazón tan corrompido.
¡Hombre vil! ¿Esto es amor?
¡Engañar á una mujer,
rehenes para tener
con su padre vencedor!
¿Esto es, Capitán, nobleza?
¡Decirle á un padre que elija
mostrándole de su hija
con el puñal la cabeza!
CAPITÁN Callad, señora, callad,
que ignoráis lo que me cuesta
con vuestro padre esa apuesta
de inaudita atrocidad.
INÉS. Decid mejor lo que os vale,

porque tenéis la esperanza
que mi peso la balanza
de vuestra fortuna iguale.
Porque, ¿cómo ha de dejar
un padre á su hija morir
tan sólo por conseguir
á un enemigo vulgar?
Le diréis:—Vida por vida,
salvadme á mí y os la entrego,
que al fin es cosa de juego
una mujer seducida.

CAPITÁN Retiraos, doña Inés,
ó de mi fe no respondo.

INÉS. A tu pesar en el fondo
mi razón de tu alma ves.

CAPITÁN Os engañáis, os lo juro:
vos veis el remordimiento
donde hay otro sentimiento
más noble, si más obscuro.
Vos no podéis comprender
que un hombre que á su Rey ama,
le sacrifique su fama,
su amor, su razón, su ser.
Ni vos lo comprenderíais,
ni yo os lo osara explicar,
pues á poderlo alcanzar
yo sé que os asombraríais.
Sí; yo estoy viendo una estrella
de quien salvación espero,
y para apagarla infiero
que voy corriendo tras ella.

INÉS. (Con emoción.) ¡Ah! rendíos, Capitán.
Cuando veo el sentimiento
con que expresa vuestro acento
ese incomprensible afán,
aún que me amáis imagino
y que me decís lo cierto,
aunque la influencia advierto

de algún insondable sino.
CAPITÁN Sino fatal que me impele
á abreviar mi propia vida
desgarrándome una herida
al punto en que más me duele.
INÉS. ¡Ah, me amáis! Dejaos vencer.
CAPITÁN Sí; os adoro, ¿á qué mentir?
INÉS. Pues bien, dejadme salir.
CAPITÁN Señora, no puede ser.
INÉS. ¿Es decir, mal caballero,
que debo estar desde aquí
en que seréis para mí
mi opresor, mi carcelero?
CAPITÁN ¡Oh, por Dios! (Desesperado.)
INÉS. Atado al yugo
que vuestro dueño os impone,
vendréis, si el Rey lo dispone,
á parar en mi verdugo.
Bien: seré mártir; mas vos
que así me sacrificáis,
mi airada sombra arrojáis
entre vuestro paso y Dios.
Sí, Capitán; yo os perdono
mi bárbaro sacrificio,
pero os aguardo en su juicio,
y os emplazo ante su trono.

ESCENA II

DON PEDRO, EL CAPITÁN

CAPITÁN Emplaza, emplázame, sí;
breve ha de ser este plazo,
pues tu muerte de rechazo
me dará la muerte á mí
¡Oh, si asomarte pudieras
á mirar mi corazón,
moviérate á compasión

al ver cuál me lo laceras!
¡Mas, ¡ay! con cuánta verdad
me culpas mi villanía! (Pausa.)
Y atrás no me volvería
por toda una eternidad.

D. PED. (Que se ha vuelto á oir la última parte de la escena anterior, y baja del torreón.)
Blas.

CAPITÁN Señor.

D. PED. Esa mujer
te cuesta mucho, lo veo:
libertártela deseo:
siento verte padecer.

CAPITÁN Señor, con esa quimera,
no andéis desasosegado;
ya me la habéis entregado,
y haré de ella lo que quiera.

D. PED. En vano, ¡infeliz! reclamas
tus derechos contra ella,
porque es demasiado bella
y veo cuánto la amas.

CAPITÁN La adoro, señor, la adoro
con ceguedad. Sin embargo,
de atormentarla me encargo, (Con resignación.)
aunque á escondidas lo lloro.
Por cada lágrima suya
daría la vida entera;
mas pide una razón fiera
que la vuestra sustituya.

D. PED. Pérez, mi mente se pierde
concibiendo tal maldad,
y á decirte la verdad,
la conciencia me remuerde.

CAPITÁN También á mí, mas la acallo
con razón más poderosa.

D. PED. ¿Y con cuál?

CAPITÁN Con la imperiosa
lealtad de buen vasallo.

D. PED. ¡No, por Dios! ¿Qué lograrás
con tan triste sacrificio?
CAPITÁN Pagaros un beneficio
que no olvidaré jamás.
Vos, generoso en exceso,
recordarle no queréis;
y más, don Pedro, me hacéis
agradecido por eso.
Mirad en torno, señor.
De vuestro reino, ¿qué os queda?
Gracias que esta torre pueda
daros tumba con honor.
D. PED. (Con orgullo.) Yo siempre moriré honrado;
que atestiguar harto puedo
que hasta encontrarla, sin miedo
con mi fortuna he lidiado.
Huí, es verdad, de Sevilla;
mas he revuelto la Europa
para encontrar oro y plata
con que volver á Castilla.
Entré valeroso en ella
con quien seguirme ha querido,
y si vencer no he podido,
es porque tal fué mi estrella.
Maté, atropellé, deshice
á cuantos hallé enemigos,
y exageran mis castigos
los á quien yo satisfice.
Mil veces les perdoné,
y otras mil se amotinaron,
y repartir me intimaron
lo que yo solo heredé.
¿Para esto había razón?
¿Qué derecho se la abona?
¿Por qué pedir mi corona
si les daba el corazón?
No. Encerrado como estoy,
venga la muerte, sí, venga.

Mientras un soldado tenga,
el rey de Castilla soy.

CAPITÁN Uno siempre os quedará,
don Pedro, mientras yo aliente.

D. PED. (Dándole la mano.)
Y en lo futuro quien cuente
tu lealtad, no faltará.

CAPITÁN Mi padre fué zapatero,
vasallo, y de él nací yo,
y su alteza me nombró
Capitán y caballero.
Quiero pagaros leal
vuestro favor con usura,
cavando mi sepultura
de la vuestra por igual.

D. PED. No, por mi vida; eso no.
Si Dios no me restituye
mi reino, sálvate y huye;
mis tesoros te doy yo.

CAPITÁN ¿Sin vos, para qué los quiero?
Si es que la fortuna ingrata
con el dolor no me mata,
volveré á ser zapatero.

D. PED. Mas oye: en esa escalera
siento pasos.

CAPITÁN Es, sin duda,
Men Rodríguez; quiera ayuda
darnos Dios.

D. PED. ¡Ojalá quiera!

ESCENA III

DON PEDRO, EL CAPITÁN, MEN RODRÍGUEZ DE SANABRIA

CAPITÁN Men Rodríguez, ¿qué noticias?

D. PED. ¿Habéis visto á ese francés?

RODRÍG. Sí, señor.

D. PED. ¿Admite, pues?

RODRÍG. No oso daros las albricias.
Mas inclinado le he visto
á proteger vuestra fuga,
pues dice que le subyuga
vuestra situación.
D. PED. ¡Por Cristo!
El oro que yo le ofrezco
es quien le mueve hacia mí;
mas si me saca de aquí
al cabo se lo agradezco.
RODRÍG. Oyóme con gran templanza:
prometí, insté, supliqué;
quién erais le recordé,
y al fin me dió una esperanza.
Díjome que allí venía
á sueldo de vuestro hermano,
y que tenderos la mano
sin venderle, no podía.
Yo entonces, por grande hazaña,
el salvaros le pinté,
y en vuestra palabra y fe
le prometí media España.
D. PED. Bien hiciste en prometer,
que darse la mitad puede,
pues como mal me la enrede,
entera la he de perder.
Mas al fin, ¿qué dijo?
RODRÍG. Al fin,
tras de andar algo reacio,
pidióme un pequeño espacio.
D. PED. ¡Ese Beltrán de Claquín
me parece un gran traidor!
Porque si leal obrara,
que sí ó que no contestara.
RODRÍG. Ya contestará, señor.
Si consiente y nos socorre,
hará en señal que se encienda
un farol sobre su tienda,

que se ve desde esa torre.
Vedla, señor.

D. PED. ¿Es aquella
que está junto á la corriente?

RODRÍG. Sí, señor; la que está enfrente
de la torre de la Estrella.

D. PED. Bueno.

RODRÍG. Si le veis brillar
podéis sin riesgo salir
y á su misma tienda ir,
que él mismo os saldrá á esperar.

D. PED. Men Rodríguez, por si acaso
la luz á brillar acierta,
sobre el torreón alerta
estad, no erremos el paso.
(Sube Men Rodríguez al torreón.)
Retírate, Blas, también,
que quiero oir el consejo
de ese celebrado viejo;
mas cerca queda.

CAPITÁN Está bien. (Vase.)

ESCENA IV

DON PEDRO. EL ASTRÓLOGO. MEN RODRÍGUEZ, en el torreón, donde ni ve ni oye lo que pasa en la escena.

D. PED. ¿Habéis concluído ya?

ASTRÓL. Vuestro horóscopo he formado,
y mi ciencia he consultado.

D. PED. ¿Y qué respuesta nos da?

ASTRÓL. Confusa es la explicación;
pero vos la entenderéis,
que los secretos sabéis
que hay en vuestro corazón.
Ved: en ese pergamino
de los astros está escrita
la razón. Se necesita

que el mismo que su destino
busca, su enigma resuelva.

D. PED. (Lee.) Por alrededor de Castro
que he de morir, dice un astro,
y otro dice que en la selva.
¿No podéis darme más clara
explicación?

ASTRÓL. Sí podría;
pero mucho sentiría
que si lo hiciese os pesara.

D. PED. ¡Pesarme! Pues que consulto
mi destino á las estrellas,
es para saberlo de ellas
distintamente, no á bulto.

ASTRÓL. Su respuesta es esa; y de ella
el sentido á escudriñar,
veo que en este lugar
os es fatal vuestra estrella.

D. PED. Eso ya yo me lo sé (Con amargura.)
desde el punto en que nací;
y que mejorara aquí
nunca me esperaba á fe.
(Señalando al pergamino que tiene en la mano.)
Esto no vale de nada,
buen astrólogo.

ASTRÓL. Hay aún
consulta menos común
que hacer, pero es arriesgada.

D. PED. ¿Con quién creéis que tratáis
para dudar del valor?

ASTRÓL. Yo os lo propongo, señor,
vos haréis lo que queráis.

D. PED. ¿Sabré?...

ASTRÓL. Toda la futura
suerte á que el destino os lleva.

D. PED. ¿Cierta?

ASTRÓL. Cierta. Es una prueba
terrible, pero segura.

D. PED. Hacedla, pues.
ASTRÓL. Necesito
prepararos de antemano.
D. PED. ¿Hay en ella algo profano?
ASTRÓL. Sólo hay riesgo.
D. PED. Pues lo admito.
ASTRÓL. Una lámpara os daré,
cuya luz será encendida
con sangre fresca, extraída
de vos mismo.
D. PED. ¿Y lograré?...
ASTRÓL. Que á vuestros ojos palpable
aparezca el porvenir.
Si osáis, me podéis seguir;
mas es cosa formidable.
D. PED. Vamos allá: quiero ver
mi destino, ¡vive Dios!
que el más tenaz de los dos
no quiero dejarle ser.
Harto tiempo me ha acosado
con infernal fatalismo:
quiero acosarle lo mismo,
y al menos le habré arrostrado.
Vamos, pues.

ESCENA V

DOÑA INÉS, saliendo del torreón de la derecha abajo.

¡Válgame Dios!
¡Qué noche tan fatigosa!
¡Cuán fiero el pesar me acosa
de mis memorias en pos!
El aura que inquieta pasa
por entre estos torreones,
á mis negras reflexiones
parece que pone tasa.
Ese en que encerrada vivo

con su estrechez me sofoca. (Se pasea cavilosa.)
Mas, ¡Dios mío, yo estoy loca!
Lo veo y no lo concibo.
Cuando ese hombre amor me jura,
lo jura con tal pasión,
que obliga á mi corazón
á creer en su impostura.
Mil veces le he sorprendido
yo de mí misma detrás
llorando... ¡Oh, llora quizás
de mi infortunio dolido!
Mas si me ama... si le pesa
de mi mal, ¿por qué me guarda?
¿Por qué así en librarme tarda
cuando á él mismo le interesa?
Mi padre, si así lo hiciera,
con usuras le pagara,
y acaso le cueste cara
su traición si le exaspera.
¡Oh Dios, que del firmamento
tras el azul pabellón
velas, calma mi aflicción,
consuela mi sufrimiento!

ESCENA VI

DOÑA INÉS. EL ALCAIDE, conduciendo á JUAN PASCUAL, y entrando por el torreón de la derecha arriba.

ALCAIDE Podéis entrar sin temor,
y esperarle aquí.
PASCUAL Yo fío
mi empresa en mi propio brío,
y en lo que á él le está mejor.
ALCAIDE El os esperaba.
PASCUAL Ya
conté yo, alcaide, con eso,
que sabe que está bien preso,

y que en mis manos está.
Tomad por vuestro servicio.

ALCAIDE Guardad, señor caballero,
para otros vuestro dinero,
que el Rey me paga mi oficio.

PASCUAL ¡Habrá semejante tonto!
Sea, en fin, como gustéis,
mas suplícoos que llaméis
á ese Capitán, y pronto,
que no hay tiempo que perder...
¿Mas qué veo?

INÉS. ¡Padre mío!

PASCUAL ¡Inés!

INÉS. ¿Es un desvarío
que os vuelvo, por fin, á ver?
Cuánto tiempo os he esperado.

PASCUAL Y ya ves como he venido
en cuanto posible ha sido.

INÉS. ¡Ay, padre, cuánto he llorado!

PASCUAL Esos tigres te habrán hecho
mil injurias á porfía.

INÉS. Ni una sola todavía.
Sin el cuarto tan estrecho
que me dan, nadie creyera
según su porte cortés
que esta torre cárcel es,
y yo en ella prisionera.
Ese capitán, señor,
de mi custodia encargado...

PASCUAL Ya sé, Inés, que ese menguado
se atreve á tenerte amor.

INÉS. Eso dice, y muchas veces
yo misma á creerlo llego...

PASCUAL ¡Pero, y tú, Inés!

INÉS No lo niego.

PASCUAL ¡Necia, la muerte mereces
por un amor tan villano!

INÉS. Me aterráis. Aunque eso fuera,

señor, ¿morir mereciera?
PASCUAL Morir por mi propia mano.
INÉS. ¡Ay de mí, padre y señor!
¿Para esto venís aquí?
¿Para amedrentarme así
en vez de darme favor?
PASCUAL ¡Ah! Perdona, pobre Inés.
Secretos que desconoces...
INÉS. Mas que me dicen á voces
cuánta mi desdicha es.
PASCUAL Escucha, y tu llanto enjuga.
¿Conoces alguna puerta
que á fuerza ó engaño abierta
pueda amparar nuestra fuga?
INÉS. No, señor.
PASCUAL Traigo conmigo
gente leal y resuelta,
y si ganamos la vuelta
de esa escalera, al postigo
llegaremos por secreto
callejón, aunque no es este
el objeto que pretexte...
INÉS. (Con afán.) Vuestro principal objeto,
padre, el libertarme sea.
PASCUAL Inés, en eso medito.
Ese capitán maldito...
INÉS. Fuerza será que nos vea.
PASCUAL Mas siento pasos.
INÉS. ¡El es!
PASCUAL Yo mismo he enviado á llamarle.

ESCENA VII

DICHOS, EL CAPITÁN

CAPITÁN Buenas noches.
PASCUAL Quiero hablarle
á solas. Aparta, Inés.

CAPITÁN ¿Qué me queréis, Juan Pascual?
PASCUAL Vengo un pacto á proponeros
que muy útil podrá seros
por grave razón.
CAPITÁN ¿Por cuál?
PASCUAL Por la de que abre el camino
solo, que os puede salvar.
CAPITÁN Cosa es que hemos de tratar
mejor solos imagino.
PASCUAL Sí; decís bien.
CAPITÁN (A doña Inés.) Perdonad
que os retiréis os suplique,
para que á solas me explique
vuestro padre...
INÉS. Por piedad,
Capitán, oíd con calma
lo que tiene que deciros.
CAPITÁN El negarme yo á serviros,
Inés, me destroza el alma.
Lo sabéis; mas mi destino
es para mí tan terrible,
que me parece imposible
que abra Juan Pascual camino.
INÉS. ¡Ay de mí! (Entra, y el Capitán corre tras ella los cerrojos de la torre.)
PASCUAL (Con afán.) ¿Vais á cerrar?
CAPITÁN Sí por cierto.
PASCUAL ¡Y á mis ojos!
CAPITÁN ¿Qué queréis? Me dan antojos
imposibles de evitar.

ESCENA VIII

EL CAPITÁN, JUAN PASCUAL

CAPITÁN Ea, pues: ya estamos solos;
hablad, que el tiempo se acorta,
y yo tengo que pagaros

vuestra propuesta con otra.

PASCUAL Conque admitáis vos la mía
bastará á mi ver.

CAPITÁN No importa.
No estará la mía acaso
tras de la vuestra de sobra.

PASCUAL Pues bien, Capitán: yo vengo
como quien amparo implora,
como quien suplica humilde,
arriesgando mi persona,
y exponiéndome á perder,
si me descubren, la honra
con la vida, á demandaros
lo que vuestra mano sola
puede volverme, la hija
que mi corazón adora.
Ya veis como las desdichas
sobre don Pedro se agolpan;
ya veis como de los suyos
ciento á ciento le abandonan.
No tenéis agua ni víveres;
y esta situación penosa,
cuanto más os desalienta,
Capitán, y os acongoja,
más á don Enrique augura
cercana y fácil victoria.
Pues bien: si me dais mi hija,
os juro que en pocas horas
saldréis del castillo libre,
sin condición deshonrosa,
y os daré á más el rescate
que vuestro capricho imponga.

CAPITÁN ¿Habéis acabado?

PASCUAL Sí.

CAPITÁN Pues oíd, que á mí me toca.
Si el rey don Pedro conmigo
igual libertad no logra,
y su perdón don Enrique

ante sus plantas no postra
como rebelde, vuestra hija
quedará donde está ahora.

PASCUAL Os comprendo, miserable.
Ese amor que os emponzoña
el corazón, es quien dicta
propuesta tan injuriosa.

CAPITÁN Sí, Juan Pascual. Yo la adoro,
y esta pasión me devora,
me martiriza y me acaba,
mas mi voluntad no dobla.

PASCUAL Capitán, esa pasión,
que fácilmente se ahoga
hoy que aún es tiempo, os advierto
que os lleva á una muerte próxima.

CAPITÁN Señor Juan Pascual, lo siento;
mas tiene raíces hondas,
y es imposible arrancarla.
Si el medio no os acomoda,
es el único que resta;
y en cuanto á mi última hora,
que juzgáis cerca, mirad
que la vuestra es muy dudosa.

PASCUAL Acabemos, Capitán,
y en ideas ilusorias
no os gocéis adormecido:
yo tengo ocasión muy pronta
para entrar en esta torre
mucha gente valerosa,
que llevará á sangre y fuego
cuanto á su marcha se oponga.
Por sólo librar á Inés,
he retardado hasta ahora
la ejecución de mi plan;
mas os juro que es muy corta
la tregua que puedo daros.

CAPITÁN Vos sois quien en ilusorias
ideas adormecido

descuida lo que le importa.
Ya sé que en el subterráneo
para esa traza traidora
metido habéis vuestra gente;
mas es esperanza loca
la que sobre ella fundéis,
pues mi atención previsora
apostó gente más diestra,
que en las revueltas tortuosas
del subterráneo, á mi voz
la hará prisionera toda.

PASCUAL ¿Intentáis amedrentarme
con bravatas?

CAPITÁN ¡Oh! No es cosa
para pasarse en la cuenta;
y escuchad bien, que la aurora
no está lejos, y es preciso
que abreviemos. Una bolsa
de malla, que asida al cuello
lleváis, donde hay una hoja
de pergamino, que explica
lo que fácil proporciona
del Príncipe don Enrique
una venganza muy cómoda...

PASCUAL ¡Cielos! ¿Quién pudo deciros?...

CAPITÁN Yo lo oí de vuestra boca,
una noche en vuestra casa
escondido en vuestra alcoba.
Conque ya veis que me gúío
por vuestras lecciones propias,
y que no se me ha olvidado
que á quien vengarse ambiciona,
ni precauciones le bastan,
ni se contenta con pocas.

PASCUAL ¡Vive Dios, villano astuto!
¿Quién á mi paso te arroja,
que en todas partes te encuentro
y me detienes en todas?

CAPITÁN Concluyamos, Juan Pascual:
ó le escribís sin demora
á don Enrique una carta
ofreciendo la persona
de vuestra hija y la vuestra...
PASCUAL No, no; primero se rompa
en mil pedazos el alma...
CAPITÁN Pues que tú lo quieres... ¡Hola!
¡A mí, soldados!
(Salen tres soldados que se apoderan á la fuerza de Juan Pascual, que se defiende.)
PASCUAL ¡Villanos!
CAPITÁN Ponedle en la torre próxima,
con una amarra en los brazos
y una mordaza en la boca.
(Un soldado queda con Juan Pascual dentro del torreón; los otros dos salen con el Capitán, el cual, al cerrar la puerta, dice á Juan Pascual á modo de despedida.)
Lo que mejor os conviene
pensad, Juan Pascual, á solas,
porque no tenéis más término
que hasta el rayar de la aurora.
(Al soldado que queda dentro.)
No me le pierdas de vista.
(A los otros.)
Vamos á su gente ahora.
(Vase el Capitán. El teatro permanece unos instantes solo. Don Pedro aparece á poco, trayendo en la mano una lámpara apagada, que deja encima del pilar de piedra donde está clavada su bandera.)

ESCENA IX

DON PEDRO

Veamos este oráculo espantoso.
Quiero apurarle, y de la edad futura
embriagarme en el néctar delicioso,

ó el cáliz agotar de su amargura.
Por su oculto poder arderá sola
esta lámpara, dice... ¡Harto la temo!
Llena está de mi sangre hasta la gola,
y yo en mi sangre sin arder me quemo.
¡Si atendiera al pavor, la vertería
por no verla inflamarse! ¡Oh, tiemblo y lucho
(La toca.)
con mi superstición!... Aún está fría...
¡Si será un impostor!... ¡Oh, tarda mucho!
Perdóname tan torpe ceremonia,
¡oh cielo, para mí siempre enemigo!
No mires que al altar de Babilonia
me acerco impuro, sin contar contigo.
En tu bóveda azul, limpia y serena,
jamás pude leer de mi fortuna
ni una letra feliz; ni amiga y buena
brilló para don Pedro estrella alguna.
Siempre, sí, su escritura fué siniestra;
siempre se abrió su libro tenebroso
por párrafo fatal, dándome muestra
de un porvenir aciago y borrascoso?
Perdona, sí, perdona si te irrito
otro poder diabólico invocando,
porque un calmante pronto necesito,
y por do quier que voy lo voy buscando.
Si es mi sino fatal, iré sereno
á sepultarme en su tremendo abismo.
Quiero saberlo, sí, contrario ó bueno,
para luchar con él con heroísmo. (Pausa.)
Ya hierve este licor emponzoñado:
ya de la mecha en derredor se apila:
ya trepa por sus hilos inflamado...
¡Ay, medroso mi espíritu vacila!
(Empieza á inflamarse la lámpara con un color rojizo y siniestro, con cuyo resplandor se colora todo el teatro.)
¡Acúdeme, valor!... Brotó la llama...
Ven mis pupilas á su luz apenas

los objetos... ¿Qué es esto?... ¿Quién derrama
el fuego de un volcán dentro mis venas?
Próximas á saltárseme las siento...
Me acosa el corazón abrasadora
de venganza la sed;... y el pensamiento
me desgarra una idea asoladora.
(Don Pedro vuelve los ojos desesperado á todas partes. La sombra de don Enrique, materializando su idea recóndita, aparece en lo alto del torreón, bajando poco á poco hasta quedarse enfrente de él.)
¡Enrique! Siempre Enrique... Siempre ese hombre.
Dí: ¿Qué queréis de mí, bastardo infame?
¿Está escrito mi horóscopo en tu nombre?
¿Por qué me asaltas sin que yo te llame?
Ese puñal que abarcas con tu mano
¿lo guardas para mí?... ¡Cuán torvo brilla!
¡Guárdale, por piedad, guárdale hermano!...
Mas no; mentí, bastardo de Castilla.
No le escondas: levántale; te aguardo.
Ven, si te atreves, á amagar mi seno,
y exprimiré en mis brazos ¡vil bastardo!
de tu ruin corazón todo el veneno.
¡Ven, ven! Yo soy don Pedro de Castilla,
y aunque infame y traidor venzas al cabo,
no creas, no, que tu valor me humilla.
Yo nací tu señor, y tú mi esclavo.
¿No lo oyes?... ¡De rodillas, miserable!
¿Te niegas?... Tu sardónica sonrisa (Sonríe.)
me mueve á compasión... y me precisa
á volverte esa risa abominable.
Mírame sonreir... mírame y huye,
porque á la luz de mis ardientes ojos
tu ser se pulveriza y se destruye...
Ni rastro he de dejar de tus despojos.
Mas ¡ahí estás aún!... ¿Qué esperas, sombra,
sonriéndome siempre?... ¿Qué me quieres?
Tu sonrisa me irrita, no me asombra.
(Sonrisa convulsiva.)

Yo me río también de... que me esperes.
Espera, sí, vasallo, espera, espera;
mas no, no; huye de mí, desaparece.
Tu sonrisa infernal me desespera;
tu mirada voraz me desvanece.
Huye: me das horror... huye al abismo.
No temo tu presencia; me fascina.
Te estoy viendo reir, y hago lo mismo;
pero esta risa cruel ¡ay! me asesina.
(Cae en la piedra sentado, y sigue con su risa convulsiva, hasta que, apagándose la lámpara, desaparece la sombra, y cae sin sentido.)

ESCENA X

DON PEDRO. EL CAPITÁN. MEN RODRÍGUEZ, en el torreón.

CAPITÁN Ya todos están rendidos.
¿Mas qué veo? Si un traidor (Le toca.)
llegó hasta el rey?... No, respira.
D. PED. ¿Quién eres? (Volviendo en sí.)
CAPITÁN Señor, yo soy.
D. PED. ¿Se fué ya?
CAPITÁN. ¿Quién?
D. PED. Ese espectro;
ese ensueño aterrador.
CAPITÁN ¿Quién, señor, que no os entiendo?
D. PED. ¡Ay de mí! Tampoco yo.
De esa lámpara maldita
me ha fascinado el fulgor,
y si no se apaga pronto
me asesina esa visión. (Vuelve en sí del todo, y se levanta sobreponiéndose á su pavor.)
Mas ese francés, ¿qué dice?
CAPITÁN Nada responde.
RODRÍG. ¡El farol!
D. PED. Ea, Blas, ya luce al cabo
la estrella de salvación.

Salgamos de aquí cuanto antes.
CAPITÁN Señor don Pedro, idos vos.
D. PED. ¡Qué! ¿Tú también me abandonas?
CAPITÁN ¡Yo abandonaros, señor!
Me quedo para vengaros.
D. PED. Capitán, tienes razón.
Si me venden...
CAPITÁN Id tranquilo,
que de eso me encargo yo.
D. PED. Voy, pues, á apurar mi estrella
sin fe, pero sin temor;
que lo que en suerte me falta
me sobra de corazón. (Vase.)
CAPITÁN Ahora, ó trono para él,
ó tumba para los dos.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

PERSONAS

Don Pedro.
El Capitán Blas Pérez.
El Infante Don Enrique.
Beltrán de Claquín.
Men Rodríguez de Sanabria.
Olivier de Manni.
El Vizconde de Rocaberti.

Caballeros franceses, Guardias de Don Enrique, Soldados de Don Pedro, y Doña Inés, que no habla en este acto

Campamento de Don Enrique. En medio de la escena la tienda de Beltrán Duguesclín, sobre la que habrá un farol encendido, y dentro de la cual aparecen sentados éste y Olivier de Manni y otros caballeros franceses. Alrededor, y en lontananza, las otras tiendas del campamento. Amanece.

ESCENA PRIMERA

EL VIZCONDE, BELTRÁN DE CLAQUÍN, OLIVIER DE MANNI

VIZC. Miradlo, mosen Beltrán,
con detenimiento y calma,
que es feo acudir á engaños
con las manos en las armas.

BELT. Señor Vizconde, está hecho;
la noticia está ya dada
á don Enrique, y ofrece
doble de lo que él nos daba,
y son cuatrocientas mil
doblas de oro castellanas.

OLIV. Eso bien vale, señores,
una traición diplomática,
que al cabo, si bien se mira,
está siendo necesaria.

BELT. Sí, por cierto; ese don Pedro,
¿qué puede esperar ya? Nada.
Cercado en ese castillo,
sin víveres y sin agua,
sus gentes á nuestro campo
pasándosele á bandadas,
olvidado de Inglaterra,
aborrecido de Francia
y odiado en su reino mismo,
no le queda otra esperanza
que entregarse; á esto vendría
á parar hoy ó mañana.
Su hermano, mientras él viva,
el objeto de sus ansias
no ha de lograr, conque es claro
que un día ú otro le mata.
Y en tal caso...

OLIV. Ciertamente
lo mismo es hoy que mañana.

VIZC. Sí, pero el rey de Castilla
es sólo don Pedro.

OLIV. ¡Vaya!

BELT. ¿Mas qué le vale ¡ya se ve!
ser legítimo en su raza,
ser heredero de nombre,
si el de la sangre bastarda,
más poderoso y más terco,
se le lleva la jornada?
Y en fin, no es malo un bastardo
para lo que hoy es España,
que en tierra en que reinan moros
con un mal cristiano basta. (Se ríen.)

VIZC. Paréceme, caballeros,
que es esa risa insensata,

al menos intempestiva;
y por la cruz de mi espada
os juro que, más que á risa,
me mueve don Pedro á lástima.

OLIV. Paréceme, buen Vizconde,
que han sido vuestras palabras
sin tiempo en pro de don Pedro
muchísimo interesadas.

VIZC. Mis palabras son leales,
y aunque de opinión contraria
que las vuestras, no por eso
son menos libres ni francas.

BELT. Abreviemos de razones:
la cosa está adelantada
de tal modo, que ya fuera
imposible remediarla.
¿Qué nos importa á nosotros?
En esta guerra menguada
venimos por el partido
que nos compró nuestras lanzas.
Como podemos servímosle,
y á traición ó cara á cara
siempre quien vence es el bueno;
y con razón buena ó mala,
si lo acabamos nosotros,
después de darnos las gracias,
con el dinero de entrambos
nos volveremos á Francia.

OLIV. Esa es la cuenta, señores.
Pero la noche se pasa,
y ese buen hombre no llega.

BELT. Ya empieza á rayar el alba.

OLIV. ¡Hola! Allá abajo distingo
dos sombras encapotadas.

BELT. El es.

OLIV. Sin duda; ¿á quién otro
dejaran paso las guardias?

VIZC. Pues yo me lavo las manos;

que os guarde Dios. (Vase.)

BELT. Con vos vaya.

OLIV. ¿Habéis visto?

BELT. Ya lo he visto,
pero eso á mí no me extraña;
pues aunque en Francia criado,
no hay un francés en su casta.

OLIV. Me lo figuré al oirle
que por Castilla abogaba.

ESCENA II

EL REY DON PEDRO, embozado. MEN RODRÍGUEZ DE SANABRIA. BELTRAN DE CLAQUÍN. OLIVIER DE MANNI

RODRÍG. ¿Es don Beltrán?

BELT. Sí, yo soy.
¿Es don Pedro?

D. PED. Caballero
francés, en vos solo espero,
y pronto á partir estoy.

BELT. Señor don Pedro, me pesa
por primera vez hablaros,
y haber de descontentaros.

D. PED. ¿Qué, negáis vuestra promesa?

BELT. No, señor; mas yo querría
á estas horas disponer
de más suerte y más poder
de lo que tengo en el día
para serviros mejor.

D. PED. Hablemos, señor francés,
claros: ¿vuestro intento es
ponerme á precio mayor?
Sea el que quiera, os prometo
que obtendréis cuanto pidáis
como á salvo me pongáis.

BELT. No es ese, señor, mi objeto,
que me estuviera muy mal

exigir un precio doble,
cuando anduvisteis tan noble,
tan franco y tan liberal.

D. PED. Entonces no hay para qué
pararse más en decir
si no vamos á partir,
que estoy impaciente á fe.

BELT. Señor, ¿es desconfianza
que tenéis de mí?

D. PED. Convengo,
caballero, en que no tengo
sino en Dios solo esperanza.
Mas de ello no os ofendáis,
porque es tan fatal mi estrella
que todo lo temo de ella.

BELT. Suplícoos que contengáis
vuestra impaciencia un momento.

D. PED. ¡Vive Dios, señor francés,
que mi situación no es
para mucho sufrimiento!
Yo vine fiado en vos:
conque ó dadme un guía fiel,
ó yo me vuelvo á Montiel
á la voluntad de Dios.

BELT. Vuestra razón imagino:
mas aguardad un instante,
y el guía os pondré delante
que os enseñará el camino.

D. PED. Pues id, y que sea presto;
porque si mucho tardáis,
á encontrar os arriesgáis
desocupado mi puesto.

ESCENA III

DON PEDRO, MEN RODRÍGUEZ, GUARDIAS

RODRÍG. Señor, vuestros intereses
mirad, y ved que en conciencia...
D. PED. Rodríguez, fué una imprudencia
fiar en estos franceses.
RODRÍG. Su mala opinión, señor,
no alcanza á Beltrán Claquín,
que en todas partes al fin
ganó fama del mejor.
Le llaman el sin mancilla,
y goza grande importancia.
D. PED. Todos son buenos en Francia,
mas no los quiero en Castilla.
A tener otro remedio
no me fiara en ninguno;
mas place al hado importuno
mi desamparo y mi tedio.
En cuanto puse la mano
el cielo me castigó;
destino el cielo me dió,
Men Rodríguez ¡bien tirano!
Sufrí todos sus reveses,
pero no puedo sufrir
que me obligue hoy á venir
á ampararme de franceses.
¡Oh! Nunca me imaginara
llegar otra vez á vellos,
sino lidiando con ellos
sol á sol y cara á cara.
Mas nunca mi desventura
tan extremada creía
que á sus tiendas me traería
solo y en la noche obscura.
¡Ay! Cuando cuentas le pido

al tiempo que me ha tocado,
en tiempo tan desdichado
quisiera no haber nacido.
Mas ya la aurora esclarece:
mucho se detiene ese hombre;
y á pesar de su buen nombre
que nos vende me parece.
Si deja que el sol aclare...

RODRÍG. No os dé cuidado por eso,
que de la selva en lo espeso
metidos...

D. PED. ¡Dios nos ampare!
¿Cuál es la selva que dices?

RODRÍG. Llaman selva, vulgarmente,
á esa espesura que enfrente
viendo estáis.

D. PED. ¡Ay, infelices
de nosotros!

RODRÍG. ¿Pues qué objeto
halláis, señor, que os asombre
en esa selva?

D. PED. Su nombre
á mi horóscopo sujeto.
No esperemos á que vuelva,
Rodríguez: *cerca de Castro*
que he de morir, dice un astro,
y otro dice que *en la selva.*

RODRÍG. Mas, señor, ved que arriesgamos...

D. PED. Todo ahora lo entiendo bien:
el Castro era don Guillén,
y esta la selva... ¡Ah, partamos!
(Van á salir, y los guardias se lo impiden.)

SOLDADO ¡Atrás!

D. PED. ¿Qué es esto, traidor?

SOLDADO De aquí no podéis salir.

RODRÍG. ¡Ah! Como buenos morir
en Montiel, era mejor.

D. PED. ¡Destino, no estás contento,

que aun el ultraje me espera
de morir como una fiera
acorralada entre ciento!

RODRÍG. ¡Morir decís!

D. PED. Sí, morir.
Pues qué, ¿piensas, ¡vive Dios!
que he de ser yo de los dos
el que se haya de rendir?
No cabe en mí tal bajeza;
que aunque así Dios me abandona,
no perderé la corona
sino al perder la cabeza.
¡Ira de Dios! ¿Esto á mí?
En una tienda encerrarme
para venir á matarme
como asesinos aquí?
¡Infames! ¿Tan ruin traición
con un Rey tan caballero?
Mas que vengan, les espero
sin miedo en el corazón.
Que vengan esos villanos,
y vengan cuantos quisieren,
á presenciar cómo mueren
los leones castellanos.

RODRÍG. (A los soldados.) Señores, os lo rogamos
por cuanto hay santo en la tierra;
dejadnos que en buena guerra
como quien somos muramos.
Dejadnos ir á Montiel,
y aunque sin fortuna, al menos
peleando como buenos
acabaremos en él.

D. PED. (Con fiereza.) Sanabria, aunque los reveses
de la suerte así me abaten,
dejadme vos que me maten
sin rogar á los franceses.
No quiero que piensen, no.
que nunca los he temido;

mis enemigos han sido
y aún soy su enemigo yo.

ESCENA IV

DON PEDRO, MEN RODRÍGUEZ, BELTRÁN, DON ENRIQUE, etc.

ENR. ¿Adónde está ese judío
que llaman Rey?
PED. Aquí estoy.
(Dándose con la mano en el pecho.)
Yo soy don Pedro, yo soy
ese Rey con tanto brío.
¿Ni aun siquiera me conoces
cuando me haces tal ultraje?
Yo á ti sí; porque el coraje
me lo está diciendo á voces.
ENR. Jamás el rostro te he visto
porque me dabas horror.
PED. Porque te daba pavor
el mirarme ¡voto á Cristo!
ENR. Con mucha osadía vienes
donde á humillarte te obligan.
PED. Jamás lo haré á los que abrigan
la sangre vil que tú tienes.
ENR. Ya diste al fin en mis manos,
excomulgado, perverso,
azote del universo,
verdugo de tus hermanos.
PED. Bastardo, ten esa lengua,
que ni en palacio has nacido,
ni ser mi hermano ha podido
quien obra con tanta mengua.
ENR. La mengua es tuya y no mía,
pues por tus hechos atroces,
tu pueblo maldice á voces
tu execrable tiranía.
PED. ¡Mi pueblo!... ¡Cuánta arrogancia

tu infame traición te inspira!
¿Mi pueblo dices? ¡Mentira!
¡Tus mercenarios de Francia!
Sí, sí; vosotros, señores,
que al compararos conmigo
me teméis por enemigo
porque sois unos traidores.
Lo dicho, sí, no me arredro;
¿por qué no osasteis ninguno
salir al campo uno á uno
á matar al rey don Pedro?
Porque lo sois ¡fementidos!
Si todas vuestras victorias
son como esta, vuestras glorias
son hazañas de bandidos.

D. ENR. Tú eres el bandido, tú.

D. PED. Veamos quién de los dos... (Yéndose para don Enrique.)

D. ENR. Tú, tú, maldito de Dios,
entregado á Belcebú. (Se abrazan y luchan; los otros se apoderan de Rodríguez y le sacan de la tienda.—Al caer, ciérrase la tienda y salen los caballeros.)

OLIV. ¿Cayeron entrambos?

BELT. Sí.

OLIV. Mas ¿por quién de ellos quedó?

BELT. Debajo Enrique cayó,
pero encima le volví.

RODRÍG. ¿Y es esa, infame traidor,
de caballeros la ley?

BELT. Ni quito ni pongo rey,
pero ayudo á mi señor.

ESCENA V

Sale DON ENRIQUE descompuesto y agitado con la daga en la mano.

D. ENR. Al fin concluyó la guerra
concluyendo yo con él;
libré á Castilla en Montiel,

y eché un monstruo á la tierra.
ELT. Fatigado estáis.
. ENR. Sí á fe,
porque además de la lucha,
Beltrán, mi ansiedad fué mucha
cuando debajo me hallé.
ELT. Lo ví...
. ENR. Que os lo pague Dios; (Le da la mano.)
que á tener daga en la mano
me da la muerte mi hermano.
ELT. En eso cumplí con vos.
. ENR. No lo olvidaré jamás;
y para mejor probároslo,
pródigo voy á pagároslo
de lo pactado además,
haciéndoos conde de Deza,
para que desde este instante
podáis cubriros delante
de mi trono y mi grandeza.
ELT. Hice sólo en ayudar
á mi señor, mi deber.
. ENR. Mas lo pudisteis poner
en las manos del azar.
Y en fin, hoy es el gran día
de mi existencia, el primero
feliz, y el mejor que espero
en cuanto dure la mía.
Los que en favor de ese indigno
aún en Montiel estuvieren,
que salgan cuando quisieren;
seré con ellos benigno.
Ya no hay, Beltrán, para mí
rival que me ponga dique.
Mi pendón, clavadlo aquí.
(Traen el pendón, y lo clavan á la entrada de la tienda.)
¡Castilla por don Enrique! (Se oyen los tambores y clarines por todo el campamento, perdiéndose á lo lejos entre las voces repetidas de «¡Castilla por don Enrique!»

ESCENA VI

DICHOS. EL CAPITÁN BLAS PÉREZ, con una corneta de caza colgada á la cintura.

CAPITÁN ¿Quién es don Enrique?
D. ENR. Yo.
¿Qué demanda? ¿Quién es él?
CAPITÁN El Capitán que en Montiel
el Rey don Pedro dejó.
D. ENR. Si viene á implorar perdón
ó á rendirse á mi bandera,
libre es para ir donde quiera
con toda su guarnición.
CAPITÁN El triunfo os ciega, señor.
No vengo á implorar perdones,
sino á imponer condiciones
al soberbio vencedor.
D. ENR. ¡Vive Dios!...
CAPITÁN ¡Por vuestra vida!
No tan pronto os enojéis,
que es preciso que lloréis
el crimen de fratricida.
D. ENR. ¡Hola! Prendedle, llevadle.
CAPITÁN Os tengo, Rey, bien sujeto
en las redes de un secreto,
y os importa adivinarle.
D. ENR. Vendrás á ofrecerme el oro
que habrá escondido mi hermano:
mas todo el reino le gano,
y es de su reino el tesoro.
¡Intentas comprarme, necio,
tu vida y lanza con él!
Sal sin temor de Montiel,
que ambas á dos las desprecio.
CAPITÁN ¡Oh! No con tanta mancilla,
señor rey; guardad memoria

de que amargar vuestra gloria
hay quien pudiera en Castilla.

D. ENR. La lengua torpe detén,
y agradece mi paciencia,
porque es día de indulgencia.
Ea, vete.

CAPITÁN (Acercándose á él.) ¿Y don Guillén?

D. ENR. ¡Guillén de Castro?

CAPITÁN Ese, sí.

D. ENR. ¿Dónde está, dónde?...

CAPITÁN Murió.

D. ENR. ¡Murió!

CAPITÁN Sí; le maté yo.

D. ENR. ¿Y una bolsa?... (Con ansiedad.)

CAPITÁN Esa está aquí.
Tomadla; ese pergamino
calmará vuestra impaciencia.

D. ENR. (Lee.) «Don Enrique: vuestra hija, á quien yo mismo saqué de entre las llamas, y de cuya identidad existen documentos legales en el pueblo de la Rioja, donde fué hallada, es la que con el nombre de doña Inés ha vivido siempre conmigo.»
¡Oh, traedla á mi presencia!

CAPITÁN Vuestra ansiedad adivino.
Pero ya os dije, señor,
que en vez de implorar perdones,
vine á imponer condiciones
al soberbio vencedor.

D. ENR. Pide, pues, lo que quisieres:
mi reino es tuyo; pedazos
hazle, mas tráela á mis brazos,
tráela, y no me desesperes.
Dichoso día, por Dios,
es este que me da el cielo;
yo le pedía un consuelo
y el cielo me otorga dos.
Dos, señores; esa Inés,
á quien busco, es hija mía,

hija por quien yo daría
cuanto hoy en mis manos es.
Fruto de un amor profundo,
ciego, idólatra, excesivo,
con cuyo recuerdo vivo,
por quien diera todo un mundo.
¡Oh! Figuraos, señores,
que entero le he recorrido
tras ese tallo escogido
del vergel de mis amores.
Figuraos que sin gloria,
proscripto, humillado, errante,
su idea ni un solo instante
se apartó de mi memoria.
El viento revuelto y vario
que agitó el mar de mi vida,
no osó con mano atrevida
á este fanal solitario.
Y en medio de mis azares,
sólo su luz casta y pura
alumbró mi desventura
y adormeció mis pesares.

CAPITÁN También á mí me alumbró
con su antorcha ese fanal;
mas ¡cuán siniestro y fatal
ante mis ojos brilló!
Desatalentado y ciego,
con necio ardor le seguía,
seguro que á ser vendría
mariposa de su fuego.

D. ENR. ¡Oh, tú también la has amado!

CAPITÁN Sí, con ciega idolatría,
y ella me correspondía
con amor bien desdichado.
A vos al menos, señor,
os sirvió siempre de estrella,
mas yo he corrido tras ella
con inaudito furor.

D. ENR. ¿Qué dices, vil?
CAPITÁN ¡Abre, infierno,
á mis pies un precipicio,
ó admite mi sacrificio
en tu piedad, Dios eterno!
(Volviéndose á don Enrique de repente.)
¿Qué me darás por tu hija?
D. ENR. De todo cuanto poseo,
lo que cumpla á tu deseo,
lo que tu capricho elija.
CAPITÁN Dame á don Pedro.
D. ENR. (Alzando las cortinas de la tienda.)
Ahí está.
Tómale.
CAPITÁN ¿Muerto?
D. ENR. A mis pies.
CAPITÁN Como á don Pedro me des
mi furor te la dará.
D. ENR. ¿Qué estás ahí, miserable,
diciendo, que me estremeces?
CAPITÁN Te pago como mereces:
el fallo es irrevocable.
Don Enrique, ella por él;
él puso en mí su esperanza,
y yo le juré venganza
cuando salió de Montiel.
D. ENR. ¿Quién eres, hombre infernal,
que en mi ventura mayor
te opones con tal furor
á mi carrera triunfal?
CAPITÁN Una serpiente escondida
en mitad de tu camino;
soy la voz de tu destino
que te arrastró á fratricida.
Soy, don Enrique, un villano,
un infeliz jornalero,
que fuí noble y caballero
con su favor soberano;

y que, vasallo leal,
pago á mi Rey con usura,
cavando mi sepultura
de la suya por igual.

D. ENR. ¿Quién puso en tu corazón
ese pensamiento impío,
que aterra mi poderío
y amedrenta mi razón?
Esto es un sueño tenaz,
una horrible pesadilla.

CAPITÁN No es sueño, Rey de Castilla,
es la horrible realidad.
Un pensamiento ocurrido
á mi intención vengadora,
represalia tan traidora
como su muerte lo ha sido.
Yo á Castro ese pergamino
arranqué con el objeto
de tener con tu secreto
en mis manos tu destino.
Don Enrique, ella por él;
no tenéis otra esperanza;
que así cumplo la venganza
que le he jurado en Montiel.

D. ENR. Quitadle de aquí al momento;
llevad á ese hombre, y que elija:
ó que os entregue á mi hija,
ó que expire en un tormento.

CAPITÁN (Con ironía á los caballeros franceses que cercan á don Enrique.)
Sí, sí, llevadme, señores,
que al cabo es adelantar
por verdugos acabar
empezando por traidores.
¡Oh! No acariciéis la espada,
don Claquín, porque os lo llame,
que no os lavaréis, infame,
el borrón de esta jornada.

Con vos hablo, don Beltrán,
que alcanzáis en vuestra tierra
gran renombre en paz y en guerra
de invencible Capitán.
Vos, sí, que vuestros trofeos
no habéis jamás empañado,
y en tal traición habéis dado
al pasar los Pirineos.
¡Oh! Tenderíais la vista
desde allí por la llanura,
diciendo al ver su hermosura:
esta es tierra de conquista.
Diríais: *de todos modos,*
nada aquí será mancilla,
que al fin es patria Castilla
de vándalos y de godos.
Aquí no lo han de tachar,
porque ese pueblo insensato
tomará sobre barato
lo que le queramos dar.
No hacen falta aquí decoros,
ni lealtad, ni nobleza;
cualquier traición es proeza
en esta tierra de moros.
Mas olvidasteis, señores,
que en el pueblo castellano
nunca faltará un villano
para llamaros traidores..
Ahora llevadme al tormento:
allí el secreto que abrigo
morirá á un tiempo conmigo.

D. ENR. ¡Hombre fatal, un momento
aguarda! ¿Nada en la tierra
hay que por precioso ó grande
ni te compre, ni te ablande
el corazón que le encierra?
El oro, la libertad...

CAPITÁN Sólo el Rey don Pedro quiero.

D. ENR. Diérate el alma primero.
CAPITÁN Pues bien, entonces mirad.
¿Veis de aquel cerro en la loma
diez soldados?
D. ENR. Sí.
CAPITÁN Pues son
diez hombres de mi facción.
¿Veis una mujer que asoma
entre ellos mal escondida
y en sus brazos desmayada?
D. ENR. Sí.
CAPITÁN Pues esa desdichada
es esa Inés tan querida.
D. ENR. Id, caballeros, volad:
allí está... mi hija, señores;
libradla de esos traidores,
librádmele por piedad!
CAPITÁN Sí, sí, volad, caballeros;
de allí no se moverán.
(A don Enrique.)
¿Mas qué creéis que hallarán
al llegar los más ligeros?
D. ENR. Tu calma feroz me aterra.
¿Qué hallarán, hombre cruel?
CAPITÁN Un crimen más en Montiel
y otro cadáver en tierra.
(Se aplica á los labios la corneta de caza y hace una señal, á cuyo sonido se vuelve á él don Enrique espantado: los soldados que tienen á doña Inés la matan.)
D. ENR. ¿Qué haces?
CAPITÁN ¿Os ha estremecido
este sonido fatal?
Temblad, sí, que á esta señal
su cabeza habrá caído.
(Un momento de pausa: don Enrique se cubre el rostro con las manos. El capitán con desesperación.)
Reinad, don Enrique, sí;
pero sabed con horror

que yo asesiné á mi amor,
cuando con mi Rey cumplí.
Cuando á su sepulcro helado
baje á pedirle un asilo,
dormid—le diré—*tranquilo:*
don Pedro, ya estáis vengado.
Vos, por tan fiera traición,
su corona os ceñiréis;
mas de espinas llevaréis
coronado el corazón.

FIN DEL DRAMA